

1714

(6)



50000640603

Biblioteca de Socials

A18 1177-4



50000640609

Biblioteca de Socials

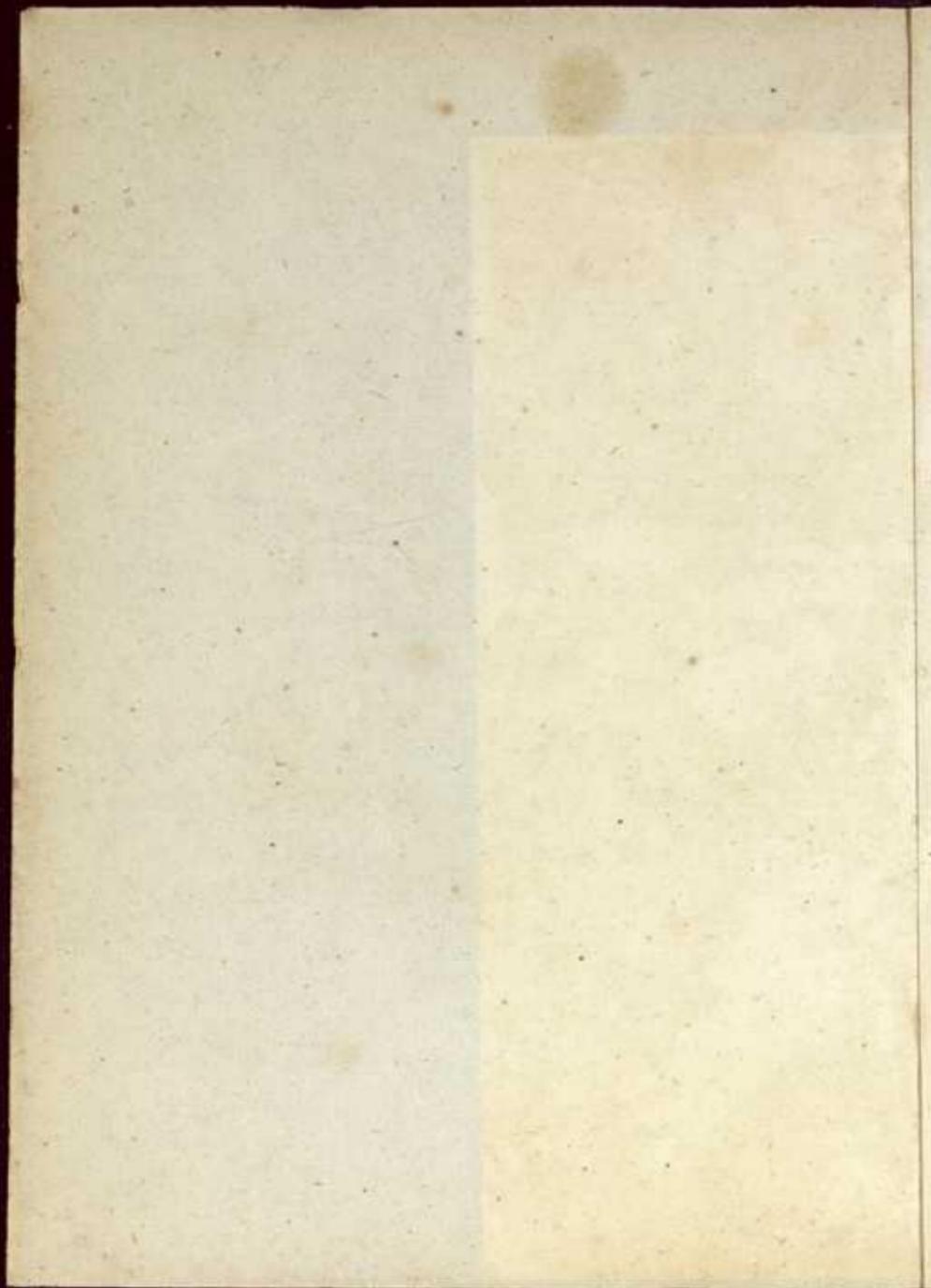
A18 1177-5



50000640619

Biblioteca de Socials

M18 1177-6







Los Misterios

DE LONDRES.



---

*Tomo 12 de la Coleccion.*

---

S 418 011770



r 176062 (4)

lin 640603



500000640603

Dret

Los Misterios  
**DE LÓNDRES,**

NOVELA DE  
SIR FRANCISCO TROLOPP.

traducida

POR D. RAFAEL DE CARVAJAL.



VALENCIA: 1843.

LIBRERÍA DE CASIANO MARIANA,  
calle de la Lonja de la Seda.



---

*Es propiedad del Editor.*

---



*Imprenta de D. Benito Monfort.*

—No lo sé, contestó Susana des-  
 solo para vivir?

—Pues voy á decirlo. Vos sola lo  
 sabéis en el mundo, una mujer misterio-  
 sa y desconocida por los mensajeros  
 que vienen.

—Pues yo sé algo.  
 Tyrel: me va á decir algo.

*El secreto.*

**T**YREL el ciego y la francesa escucha-  
 ban con suma atención.

—Estoy arruinado, señora, dijo Brian,  
 y tan arruinado, que mis recursos propios  
 apenas igualan á los del mas pobre men-  
 digo.

—Yo creo que soy rica, le interrumpió  
 Susana con timidez.

—Y sin embargo, prosiguió Brian, vivo  
 como viven los pares; tengo algun lujo....

El tiempo de contraer deudas ha pasado para mí: nadie me querría prestar.... ¿De dónde pensais, señora, que saco los medios para vivir?

— No lo sé, contestó Susana que solo deseaba volver á hablar de su amor.

— Pues voy á deciroslo.... Vos sola lo sabeis en el mundo.... una mano misteriosa y desconocida me dá mensualmente una limosna.

— ¡Este era su gran secreto! murmuró Tyrrel; mis razones tenia yo para querer saber algo.

— Escuchad, milord, le dijo la francesa con la mayor curiosidad.

— Todos los meses, siguió diciendo Brian, recibo cien libras esterlinas por distintos medios, y siempre ocultos.

— Y son cien libras perdidas, ¡honorable loco! murmuró de nuevo Tyrrel; pero el amo lo quiere, y yo me lavo las manos.

— Escuchad por Dios, milord, volvió á decir la señora duquesa de Gevres, condesa Cantacucena, etc. etc.

— Estas dádivas son periódicas, y las recibo con regularidad y sin atraso. Nun-

ca me han faltado, y ¡cosa singular! la primera tuvo lugar precisamente el día en que consumada mi ruina, me pregunté á mí mismo por primera vez, qué me quedaba que hacer en el mundo.

Brian pronunció estas palabras en tono bajo y dolorido.

—¿Tambien habeis estado cercano á la muerte? dijo Susana con los ojos húmedos.

—No lo sé, contestó Brian bajando la voz hasta el punto que Susana tuvo que inclinarse para oirlo: no lo sé, señora.... mi corazon está rebosando odio, y la desesperacion es muy mal consejero.... pero al fin es mi hermano, y Dios me habria concedido la gracia de morir antes de matar... Sí, señora, ¡oh! ¡lo quiero creer así! ¡Muy cerca de la muerte era donde yo estaba, pero no cerca de un crimen horrendo!

Brian estaba pálido, fija la vista con cierta especie de enagenacion, y su mano fria temblaba entre las de Susana.

—Brian, le dijo esta en tono suplicante, no esteis triste á mi lado, porque no puedo veros sufrir. Habeis sido desgracia-

do, ¡Dios mio! ¡vos Brian!... ¿Quién, pues, podrá ya quejarse con razon?... ¡Oh! que no pueda una ofrecer su vida para la felicidad de lo que ama!... ¡No padeceriais ya mas!

A su vez tomó tambien las manos de Lancaster, y las estrechó frenéticamente contra su pecho, añadiendo:

—¡Ah! ¿quién soy yo para consolaros?... Solo tengo mi amor que ofreceros, pero este al menos lo teneis todo entero. Si algo de él reservo, es para consagrarlo á esa mano discreta y amiga....

—No hablemos mas de eso, la interrumpió Lancaster arrugando las cejas. Os he revelado mi secreto.... reservadlo aun para conmigo mismo.... Bien sabeis lo bochornoso que es para un caballero recibir una limosna.

—¡Oh! dijo Susana, bajando los ojos con timidéz al ver su altiva mirada: ¿os he ofendido?... ¡Ah! os sonreis.... gracias, ¡oh! gracias.... Ayer era yo muy fuerte, hoy me podeis matar, Brian, con una sola palabra.

—Bien lo veis, señora, replicó este

despues de un instante de silencio, y pasándose la mano por la frente, por donde corrian algunas gotas de sudor; ¡seremos desgraciados!

—¡No! ¡no!... ¡Escuchad!... exclamó de repente Susana radiante de gozo su hermoso semblante; ya no tendreis necesidad de admitir nada.... ¡soy poderosa! ¡se me habia olvidado!... Brian, ¡qué feliz soy con ser rica!... Me habeis dicho vuestro secreto, pues bien, yo quiero tambien revelaros el mio: ¡escuchad! ¡escuchad!

—¡Corred! ¡corred pronto, señora! es menester que no pronuncie una sola palabra mas, dijo Tyrrel en voz muy baja á la francesa empujándola; y al mismo tiempo agarró una silla con las dos manos, y la arrojó con fuerza al suelo.

La silla se rompió, y al oír el estrépito se puso en pie Susana asustada, y Brian hizo lo mismo, quedando suspensa la conversacion.—¿Qué es eso, señora? preguntó este con alguna sospecha; mas antes que Susana le pudiera responder, se abrió la puerta de la sala, un criado anunció á la

señora duquesa viuda de Gevres, y ella misma entró detrás saltando, riendo, y haciendo cortesías.

—Hija mia, dijo, el coche está puesto, y os espero.

Susana dirigió una mirada de desesperacion á Brian, que saludó y se despidió afectuosamente. Así que salió, dijo la vieja:

—Ya sabeis lo que se quiere de vos, hermosa mia.... es cosa muy sencilla.... menos que nada.... mas si por casualidad lo rehusarais, hija mia, perderiais el favor de vuestros protectores, y entonces Brian tambien....

—¿Qué tiene Brian que ver con eso, señora? la interrumpió Susana con altivéz.

—No nos enfademos, amor mio.... el honorable Brian, como os iba diciendo, perderia entonces sus cien libras esterlinas.

—¡Qué! exclamó Susana perdiendo el color; ¿vos lo sabeis?

—Asombra lo que yo sé, hija mia; le contestó la vieja en tono medio serio, medio festivo.

En seguida le hizo poner un chal, le arregló ella misma el pelo en un momento,

y la llevó hácia la puerta donde aguardaba el brillante carruage con las armas de Du-nois, en el que subieron ella y Susana, partiendo á galope los nobles caballos hasta la calle del Castillo, donde pararon en frente del palacio de Dudley, que era la habitacion de Frank Perceval. Allí se asomó á la portezuela la duquesa de Ge-vres, y dijo al cochero:

—Toma la vuelta hácia la calle del Re-gente: y habiéndolo hecho así, continuó dirigiéndose á Susana despues de mirar el reloj:

—Aun nos quedan veinte minutos.... y no es mucho, porque los que tenemos que esperar no se pueden hacer venir á hora fija.... vendrán quizás dentro de diez mi-nutos.... ó quizás tardarán dos horas.... pero de todos modos tienen que venir.

Muchos eran los sucesos ocurridos du-rante aquella mañana. El marqués de Rio-Santo estaba en el palacio de Trevor desde temprano, y habia tenido una larga confe-rencia con lady Campbell, que dejándolo solo en diversas ocasiones en su gabinete, habia ido ya á la habitacion de miss Trevor,

su sobrina, ya á la del lord James Trevor, su hermano. El momento era seguramente crítico, y llegada la hora del asalto, querian tomar la plaza á viva fuerza. El marqués habia hecho callar su poesía, y sus veleidades caballerescas, á la manera que en toda buena estrategia se retiran las bocas inútiles en el momento del combate. Estaba armado y en guardia, y preparado para todo, pues su voluntad habia designado aquel dia para sus esponsales con miss Mary Trevor, y era preciso que tuvieran efecto sin reparar en los medios, ni detenerse en obstáculos.

No hablemos de la pobre Mary, que enferma de cuerpo, y débil de corazon, indecisa, y engañada, solo respondió á la demanda de su tia con un mar de lágrimas, á que esta no pudo menos de dar una excelente significacion: pero hablemos de lord James Trevor. Este apreciable y leal caballero habia recibido por la mañana una carta, que á nadie comunicó, pero que lo puso de malísimo humor. Recorriendo las calles de su jardin decia entre sí:

— ¡Pobre Mary! ¡jamás lo hubiera

creido de ese bribon de Frank!... ¿Pero por qué lo he de creer tampoco?... ¿qué significa un anónimo?... Nada, menos que nada.

Por resultado de esta reflexion, que ninguno de nuestros lectores se atreverá á contradecir, volvia lord Trevor á leer de nuevo la carta con suma atencion; falta de lógica en que suelen incurrir las personas mas prudentes y avisadas; y así que la concluia, la arrugaba entre sus manos, y continuaba su monólogo.

—Lo cierto es, decia, que Frank tenia ayer un aire preocupado, distraido.... tenia un aire así.... me acuerdo muy bien.... ¡Oh! es positivo, tenia el aspecto.... ¡Pobre Mary!... ¡Pero al fin, qué vale un anónimo!... ¿Y por qué no ha de poder Frank tener el aire y el aspecto que le dé la gana?

Y lord Trevor echaba pestes, cuanto mas obligado se creia á no echarlas.

Lady Campbell lo cogió en uno de estos momentos, y no tardó en pronunciar la palabra *matrimonio*, que era en su imaginacion la palabra entonces importante.

—No me habéis de ese miserable Frank, milady, exclamó lord Trevor, que creía que matrimonio y Frank eran sinónimos cuando se trataba de su hija; que me muera, si su conducta no es chocante en extremo.... chocante é inescusable, milady.

—¿Cómo es eso, hermano mio?

—¡Que cómo es eso, preguntais!... ¡Cómo!... Sí, muy bien.... lo venis sin duda á defender, ¿no es verdad?... Pues no quiero oír nada, milady.... estoy enfadado.... enfadado de veras.

—¡Pero milord!...

—No señora; estoy furioso.

—Pero al fin, hermano mio....

—Es cosa absolutamente increíble, que os empeñeis en defender á Frank Perceval.

—Pero si yo no lo defiendo, ni pienso en ello, milord.

—¡Ah!... eso es otra cosa.... Y entonces ¿por qué me queréis hablar de matrimonio?

Lady Campbell vaciló un instante, porque no podía, á la verdad, esperar desenlace tan feliz. Su hermano le evitaba la mitad del camino, pero la transición era

atroz, y lady Campbell conocia demasiado el buen carácter de su hermano para fiarse del rencor de un momento, cualquiera que fuese la causa que lo produjera, y así le respondió con aire misterioso:

—Es un gran secreto, milord.

—No gusto de secretos, milady.

—Este os gustaria.... os lo aseguro.

—No lo quiero saber, señora.... pero al fin, ese pobre Frank....

—Callad, milord, que os contradecis en un momento.... Yo aprecio á Frank Perceval, lo quiero.

—Señora, ¡vos no sabeis lo que yo sé!

—Es muy posible, replicó lady Campbell sonriéndose, pero yo sé lo que vos no sabeis.... El marqués de Rio-Santo pide la mano de vuestra hija, milord.

—Muy bien, milady.... pero yo niego la mano de mi hija al marqués de Rio-Santo.

—No lo habeis meditado bien, hermano mio....

—¡Sí, á fe mia!

—Tomaos algun tiempo.

—Seria perderlo, milady.

—El tiempo necesario para consultar á vuestra hija.

—¿Y para qué? preguntó el anciano frunciendo sus blancas cejas.

—Lo exige la suerte de vuestra hija, hermano mio; podría acaso suceder....

—No os entiendo, señora.

—Y en fin, milord, exclamó lady Campbell, ¿qué diriais si mi sobrina lo amase?

Lord James Trevor dió un paso atrás, y se le hincharon las venas de la frente, pues no era ya aquella la cólera de un momento contra Frank Perceval, sino la cólera de un inglés, apoplética, de maldiciones, de puñetazos.

—¡Vuestra sobrina, señora! repitió tartamudeando, ¡mi hija.... miss Mary Trevor.... es imposible!

—Y á pesar de todo, es cierto, milord.

—Lo será, ¡vive Dios!... pero entonces.... llamaré al campo á Rio-Santo, señora!... Mirad lo que haré.

Lord Trevor era uno de esos genios buenos y leales, uno de esos caracteres chapados á la antigua, que aun brillan en los degradados rangos de nuestra aristo-

cracia, para quien desdecirse era un imposible, y que como no leía las novelas modernas, no concedía al amor el derecho de faltar á una palabra empeñada. Una cosa sola lo hubiera podido decidir á olvidar á Frank, que era el olvido del mismo Frank, pero ya ni aun lo acusaba desde el momento que lo veía atacado, y para decirlo de una vez, no daba crédito al amor repentino de Mary hácia un extranjero. Las mujeres de talento están, además, espuestas á ser tenidas por locas, y lord Trevor bautizó con este epíteto á su hermana, y destruyó varios cuadros del jardín á patadas, recordando la conferencia que acababa de tener con ella.

Lady Campbell por su parte se fue á noticiar á Rio-Santo el mal éxito de su embajada, y este afectó gran desaliento con la noticia.

—Nada me queda que hacer sino retirarme, señora, le dijo despues de oirla, he hecho todo lo que podia hacer un caballero.

—Pero, marqués, exclamó lady Campbell, el asunto no es aun desesperado.... tal vez con el tiempo....

— ¡Esperar aun mas! dijo el marqués con sumo sentimiento, no puedo, señora... Habia ofrecido mi amor y mi mano á miss Trevor.... un amor verdadero, y una mano sin tacha, milady!... ¡y he sido rechazado!

— Mi hermano conocerá su error, marqués.... tened un poco de paciencia, si no por mí, por Mary que os ama.

— ¡Ah! si yo tuviera esa seguridad.... contestó Rio-Santo suspirando.

— ¿Qué es lo que hariais, milord?

— ¿Qué haria, señora? dijo el marqués animándose de repente; prescindiria de todas las consideraciones, ahogaria vanos escrúpulos, y os diria.... ¿Y por qué no lo he de hacer?... la felicidad de miss Trevor debe anteponerse á todo.... es preciso que el esposo que se le dé sea digno de ella....

Lady Campbell acercó mas su silla, escuchando con suma curiosidad.

— Por ella, por ella sola, y no por mí voy á hablar, bien lo sabe Dios, siguió diciendo el marqués. ¿No ereis que seria horrible para miss Trevor dividir con una rival el corazon de su esposo?

— ¿Y me lo preguntais, milord?

— Pues el honorable Frank Perceval tiene una querida, señora, una querida hermosa.... á quien ama; una muger, que no es de las que se toman por la mañana, se abandonan por la noche, y se olvidan al otro dia.... la querida de Perceval es la criatura mas linda que he visto en mi vida.

— En efecto, marqués, es cosa muy grave.... dijo cortada y balbuciente lady Campbell, pero....

— Perdonadme si adivino lo que me vais á decir.... ¿qué hombre no ha tenido en su vida alguna querida, ¿no es esto?... Yo mismo tambien....

Rio-Santo se detuvo, miró á lady Campbell con seriedad y tristeza, y siguió diciendo en voz muy baja, pero con tono muy marcado:

— Yo, señora, he tenido queridas antes de amar á miss Trevor, pero despues que la he amado no.... ¿Y Mr. Perceval?... por el contrario, despues de amar á Mary, en el momento en que viene á reclamar una palabra empeñada....

— ¡Es eso cierto! exclamó lady Camp-

bell, que solo deseaba que la persuadiesen.

—En el momento mismo, repito, de reclamar ese cumplimento, es cuando trae de Francia otra muger amada....

—¿De Francia la ha traído, marqués?

—Y vos la habeis visto, señora: antes de ayer llegó Mr. Perceval, y ayer se presentó por la primera vez en el teatro la princesa de Longueville.

—¡Verdad es! dijo lady Campbell; ¿no es aquella tan jóven y tan bien parecida, en quien me hicisteis ayer reparar?

—La misma, señora.

—¡Oh Frank! ¡Frank!... Nunca hubiera creído de él.... pero ya no es ocasion de lamentarse, sino de obrar. Os doy las gracias en nombre de mi sobrina.... ¡Oh! ahora no hay nada perdido.... Iba á.... voy á deciros.... esperadme un instante, os ruego, ahora no tendremos otra negativa.

Lord James Trevor se estaba aun paseando por el jardin, cuando un criado se le presentó cansado y sofocado diciéndole, que miss Mary en persona le deseaba hablar. Lord Trevor entró al momento de prisa en la casa, y encontró á su hija re-

costada en un sillón, cubierta la cara con las manos, sollozando, y corriendo por entre sus pálidos dedos gruesas lágrimas, que le caían en el vestido. Lady Campbell inquieta, pesarosa tal vez, estaba á su lado sumamente cuidadosa.

—Mirad, milord, mirad; esta es la obra de ese desgraciado Frank.... su proceder es indigno, hermano mio.... tiene una querida.

—Ya lo sé, señora, ya lo sé, contestó friamente lord Trevor, haciendo añicos entre sus dedos el último pedazo de la carta anónima recibida por la mañana.

—La pobre niña no lo ama ya.... repuso lady Campbell.

—¿Quién lo dice? exclamó Mary descubriendo de repente su rostro pálido y desfigurado, sin llorar, pero sus ojos encendidos y rojos por las recientes lágrimas, fijos y abrasando, y con una voz extraña que contrastaba con la dulce y suave que le era habitual, y añadió:

—¡Padre mio, lo amo!... ¡he estado loca muchos dias.... no sabia lo que me pasaba.... loca y muy desgraciada, padre mio!

— ¡Pobre niña! dijo lady Campbell con la mejor buena fe, ¡está delirando! Mas lord Trevor con un gesto le impuso silencio.

— Ahora lo calumnian, añadió Mary, ¡dicen que ama á otra!... ¡ah! esto es horrible, padre mio, calumniar á un herido, á un moribundo quizás....

— ¿A un moribundo? replicó lord Trevor; ¿qué significa esto, señora?

— Frank Perceval ha tenido un desafío, milord; respondió lady Campbell con aturdimiento.

— Lo quiero ver, padre mio, continuó diciendo Mary: llevadme adonde esté.... bien pronto sabremos lo que valen esas falsas acusaciones.... ¡Ah Frank!... ¡mi noble Frank!... ¡cuánto he padecido!

Lord Trevor tiró de la campanilla, y dijo al criado que entró:

— Que pongan el coche al momento.... Tranquilízate, Mary; todo eso lo ignoraba yo.... voy ahora mismo á ver á Perceval....

— ¿Y yo, padre mio?

— ¿Tú?

Lord Trevor miró á su hermana, y dijo entre dientes:

— Todo esto me parece muy oscuro.... Pues bien, añadió en alta voz; tú, y vos tambien hermana.... disponeos.

Mary besó la mano á su padre con la mayor efusion, y lady Campbell se encogió de hombros, y salió repitiendo la palabra *shockinh* (chocante), maldicion suprema de las personas que no acostumbran usar otra clase de exclamaciones; y resuelta á informar á Rio-Santo de este nuevo contratiempo. Así lo hizo, en efecto; mas el marqués esta vez no dió muestras de participar de su pena, pues le dijo con aire muy natural:

— Esperaré que vuelva lord Trevor.... quiero saber definitivamente hasta dónde llega mi desgracia.

A muy poco se oyó el ruido del coche por la calle; Rio-Santo miró con disimulo su reloj, y animándose su semblante dijo para sí:

— ¡La partida se enreda, pero la ganaré!

© 1800 by the University of Toronto  
 100 St. George Street, Toronto, Ontario M5S 1A5

*Drama.*

**L**ORD Trevor y su hija se fueron solos, y guardaron profundo silencio gran parte del camino. Mary en un acceso de verdadera pasión, había roto con solo un esfuerzo el espeso velo de sofismas que se interponía entre ella y su amor: se había vuelto á hacer dueña de sí misma, y había terminado su esclavitud, porque pensaba ya por sí, y sentía por su propio corazón. Se le habían por consiguiente concluido las

dudas é incertidumbres, y una sola imágen reinaba en su corazon, sin quedarle ni un solo recuerdo para Rio-Santo, para aquel hombre tan bello y seductor, tan superior á los demás, para aquel que tanto tiempo le habian estado señalando con el dedo diciéndole : ¡ admírate !... ¡ admírate !... Nada quedaba para él, todo para Frank, todo absolutamente para el pobre herido, que no tenia quien lo defendiera, y solo tenia enemigos.

— Mary renacia, digámoslo así, de su mortal debilidad, como el fenix de sus cenizas, y todos los instintos generosos de su sexo renacian con ella tambien. En aquel momento era fuerte, y capaz de vencer la tiranía doméstica de que acababa de desprenderse, en cierto modo, por sorpresa. A la palidéz de sus mejillas habia sustituido un sonrosado delicado y suave, brillaban sus ojos, su gracioso talle erguido denotaba en su postura una cierta intrepidéz, y toda ella, en fin, tan frágil en su aristocrática belleza, parecia reanimada para la próxima lucha, y amenazar de lejos la opresora mano que habia subyu-

gado por tanto tiempo su débil voluntad. Ella misma se complacia con aquel vigor desconocido, y daba por él gracias al cielo.

Este estado duraria como un cuarto de hora, al cabo de cuyo tiempo cubrió como una nube la frente de Mary, que apretó de repente la mano de su padre, y mirándolo á la cara en ademan suplicante, le dijo:

—Milord, mis recuerdos son muy confusos, y las terribles palabras de mi tia lady Campbell se me vienen á la memoria como las cosas que se oyen en sueños.... pero vos.... creo recordarlo.... cuando acusaron á Frank de tener una querida, dijisteis ya la sé ¿no es verdad, padre?

Lord Trevor, sin responder, hizo un esfuerzo para sonreirse, y Mary insistió con voz suplicante:

—¡Oh! por piedad que me respondais, padre mio: no me equivoco, ¿es cierto?

—¡Cuánta niñería! dijo en voz baja lord Trevor.

—No, padre mio, no.... ¡lo amo tanto!... ¡lo amo tanto! que si me hubiera

olvidado por otra muger, se lo podria perdonar.

Mary pronunció estas últimas palabras con voz firme y serena, y consultó con su vista la fisonomía de su padre, que esta vez procuró sonreirse mas; pero en seguida frunció las cejas, y despues maldijo á media voz, primero á sí mismo, y luego á Frank, con todo su corazon. Mary le soltó la mano y apoyó su cabeza contra los mullidos cogines del coche; y víctima de la herida de aquel punzante recuerdo, volvió á caer en su abatimiento habitual.

Entretanto volvió el coche la esquina de la calle del Regente. El de las armas de Dunois continuaba parado delante del palacio de Dudley, y la duquesa de Gevres, que estaba asomada al hueco de un vidrio, así que distinguió el carruage de Trevor, dijo á Susana:

—Vamos, hermosa mia: ya llegó el momento.

Y ella misma abrió la portezuela, y empujó á Susana, que no trató de disimular su repugnancia.

—Subid la escalera: ¡subidla pronto! añadió con imperio la francesilla, y llamada... En entrando os dirán lo que teneis que hacer.

Susana subió en efecto, y la duquesa le hizo una seña al cochero, que dió la vuelta y partió en direccion de Tottenham-Court-Road á galope. En aquel mismo momento paró el coche de lord Trevor delante del palacio de Dudley, y Mary, que no habia perdido el menor movimiento de la escena que acabamos de referir, estrechó fuertemente el brazo de su padre, que no habia visto mas que un coche corriendo tirado por dos hermosos caballos, y le dijo con voz muy alterada:

— ¡Milord, esa muger!...

— ¿Cuál?

Mary le señaló con la mano á Susana, que en aquel instante atravesaba el dintel de la puerta.

— ¡Diablo! murmuró lord James, ¿aquella muger dices, Mary?... ¡juro por mi honor que no la conozco!

— ¡Yo sí! pronunció confusamente Mary, que se habia vuelto á quedar pálida

y cadavérica, convulso todo su cuerpo, y sin poder apenas respirar.

Lord Trevor estaba arrepentido de haberla llevado consigo, y desde que entraron en el coche conoció su imprudencia, pero ya el mal estaba hecho.

—¡Valor! dijo al fin, ocultando su emoción bajo la apariencia de una afectada aspereza; y en seguida añadió aparte:—  
¡Ah, bribon de Frank! ¡tunante!

—Valor tengo, dijo Mary haciendo un esfuerzo, ¿pero á qué aguardamos?... Si hemos venido, como creo, á ver á Frank Perceval, ya estamos en su casa.

Lord Trevor se puso á reflexionar un momento, y al cabo de un corto rato contestó con tono afectuoso, pero resuelto y que no admitía réplica:

—Hija mia, he obrado con precipitación. No he debido traerte aquí.... pero ya que has venido, no quiero llevar la imprudencia al extremo de esponer á la hija de Trevor.... Te quedarás aquí, Mary.... y yo le haré la visita al honorable Frank Perceval.

—Jamás os he desobedecido, padre

mio, replicó Mary, cuya angustia crecía por momentos: me someto á vuestra voluntad.... Pero en nombre de Dios os ruego que me prometais decirme.... Tengo valor, padre, id.... Prometedme que me direis si esa muger....

Aquí se detuvo, y se llevó la mano al corazón que se le partía: en seguida añadió:

—Si esa muger tiene derecho á interponerse entre Frank Perceval y vuestra hija.

—Te lo prometo: contestó lord Trevor despues de dudar un momento.

—¡Por el honor de vuestro nombre, padre mio!

—Por el honor de mi nombre....

Cerca de media hora habia que el desgraciado ciego sir Edmundo Makensie estaba á la cabecera de Frank Perceval, y que Stephen Mac-Nab, que toda la noche y la mayor parte del día la habia pasado al lado de su amigo, se habia aprovechado de la presencia del buen sir Edmundo, y de la espontánea oferta que le hizo de esperararlo hasta su vuelta de su casa de Cornhill. Stephen no habia visto á su madre

desde el día anterior, ni menos á Clary, cuyo pensamiento le habia acertado la vigilia de la noche, y como nada habia que temer de la llegada de sir Edmundo, porque el buen ciego era muy conocido de Frank, y de su madre, así como de todo el mundo, se habia marchado. ¿Quién no conocia en efecto en Lóndres, y quién no apreciaba á sir Edmundo Makensie? Es verdad que Frank lo habia tratado algo bruscamente la antevíspera en el baile de Trevor, pero Stephen lo ignoraba, y el pobre ciego por otra parte no era rencoroso.

Frank habia estado toda la noche con calentura. El viejo Jack se hallaba en aquel momento ocupado en el piso bajo en algunos quehaceres, de forma que fue quien abrió la puerta á Susana, cuando esta llamó.

—El muy honorable Frank Perceval, dijo, ¿vive aquí?

—Si señora, contestó Jack, pero no se le puede ver.

—Ya sé que está enfermo, repuso Susana, repitiendo contra su voluntad la lec-

cion que le habian enseñado ; ya lo sé, y cabalmente vengo por esa razon. Stephen Mac-Nab ha reflexionado que no era prudente dejar solo á su amigo con un ciego.

—El bueno del señor Stephen, murmuró Jack, en toda está.... ¡Ah! por el gran escudo de Perceval, que podeis ver, señora, si entráis en el gabinete de su Honor, ese sí que es un amigo verdadero.... Su Honor duerme, porque la escesiva precaucion no perjudica.... Si me fuera permitido hacer una suposicion, diria á la señora que probablemente es una de las primas de Mr. Stephen.... una de las señoritas Mac-Farlane.... Bueno y antiguo nombre de *laird* escocés, palabra de honor.... ¡Ah! ya caigo en todo.... subid, señora, subid, y que Dios os bendiga, como á todos los que se toman interés por Perceval.

Susana se aprovechó del permiso, y subió, y el antiguo criado continuó hablando consigo mismo:

—¡Cómo ha crecido! yo la he visto correr por la pradera de Greenwich, y no era tan alta como mi rodilla.... una linda miss, á fe mia... Esta debe ser la Anita..

á menos que no sea la mayor.... ¿cómo se llama? ¡Me van haciendo estremadamente viejo!... ¡Ah! Clary.... Le preguntaré á Stephen si es Clary ó Ana.

Al entrar Susana en el cuarto del enfermo se halló cara á cara con el ciego Tyrrel, y aunque era la primera vez que veía su semblante á la luz del dia, no por eso lo desconoció un solo instante. Este dirigió hácia ella sus grandes ojos apagados y muertos, y preguntó en voz baja:

— ¿Quién está ahí?

— La persona que esperais, contestó Susana.

Tyrrel se fue hácia ella, y buscando su mano hasta encontrarla, le dijo comprimiendo su voz, pero pronunciando con énfasis las palabras:

— Hija mia... Ya sabeis lo que se quiere de vos.... No vacileis un momento en hacerlo porque os perdeis....

— ¡Siempre con amenazas! le interrumpió Susana.

— Pueden, hija mia, amenazaros ahora que sois dichosa, repuso el ciego sonriéndose bondadosamente. Os lo repito, esta-

mos lejos del Támesis.... y el honorable Brian nos garantiza vuestra obediencia.... A propósito... volveremos á hablar del honorable Brian en otra ocasion, hija mia. Por cierto que hoy habeis estado muy próxima á venderos, por consiguiente muy en peligro de perderlo.

— ¡Qué!... exclamó Susana; ¿sabeis?...

— Todo lo sé.... Tened cuidado.... sed prudente en lo sucesivo, sino por vos, al menos por él.... ¡Escuchad!...

En aquel momento se oyó el aldabon de la puerta exterior, y Tyrrel arrastró á Susana hácia la cama de Perceval, y la hizo inclinar sobre la cabecera diciéndole:

— Va á entrar un caballero, un anciano. Tan luego como ponga el pie en la puerta hareis lo que se os tiene mandado... Nada de preguntas, añadió con imperio; habeis firmado un contrato, es preciso cumplirlo.

Lord Trevor subia la escalera contestando al viejo Jack:

— Gravemente herido, ¡pobre muchacho! al fin, tal vez me engañe.... No es

este momento el mas á propósito para que piense en galanteos.

Al llegar á la puerta, vió á Susana que estaba de costado junto á la cama, y se detuvo.

— ¡Vamos! ¡ahora! murmuró Tyrrel.

Susana se puso pálida como una muerta, y ni siquiera respiró.

— Vamos, ¡en nombre del diablo! muger.... se vengarian en Lancaster, no lo olvideis.

Susana lo miró y se estremeció, y brotó de sus párpados una lágrima de rabia y de dolor; pero se inclinó, y dió un beso en la frente á Franck Perceval.

Lord Trevor dejó escapar una exclamacion dolorosa, y el ciego preguntó:

— ¿Quién está ahí? mas aquel en lugar de responderle bajó bruscamente la escaleta. Entonces Tyrrel le dijo á Susana al oido:

— Ya os podeis retirar. ¡Gracias!

Lord Trevor al pasar por junto al viejo Jack le dijo algunas palabras algo fuertes, y volvió á subir en su coche, que partió al momento.

Susana avergonzada, humillada, y no pudiendo desconocer que habia servido de instrumento para alguna perfidia, se fue, y escusó responder al viejo Jack que le preguntó si era miss Ana, ó miss Clary MacFarlane. Franck entretanto habia despertado con sobresalto al sentir la impresion de los labios de Susana en su frente, y habia visto cómo en sueños el severo semblante de lord Trevor en el umbral de la puerta, y el rostro seductor de la hermosa criatura que estaba inclinada sobre su cabecera, y cerró los ojos dando un profundo suspiro. A muy corto rato los volvió á abrir, y solo vió al bueno de sir Edmundo Makensie sentado tranquilamente junto á su cama, y exclamó:

—Acabo de tener una estraña vision.... he visto á lord Trevor.... y á una muger... y no solo la he visto, sino que aun siento en mi frente el contacto de sus labios helados.... ¡y no era Mary!

—Mi querido Frank, dijo sir Edmundo suspirando profundamente; nada puedo deciros, porque bien sabeis que mis ojos... solo he sentido pasos en el cuarto....

—¿Habeis oido pasos? decis.... Hacedme el favor de llamar á Jack.

Este acudió en el momento que oyó la campanilla, y Frank le preguntó agitado:

—¿Quién ha venido?

—¿No lo sabe Vuestro Honor?.. Bien decia yo que era preciso que no hubierais conocido á lord Trevor para haberlo enfadado tanto.

—¡Lord Trevor! repitió Frank.

—Acaba de salir jurando por Dios y por el diablo que no volverá á poner los pies en esta casa.

—¡Ah! dijo Frank incorporándose en la cama.

—Tambien habeis disgustado á la jóven miss.... una linda señorita, que se acaba de ir corriendo como una....

—¿Pero qué jóven era? ¿qué señorita? ¿de quién me hablas? exclamó Frank que se volvía loco.

—Una prima de Mr. Stephen, miss Ana, ó miss Clary Mac-Farlane.

—¡Ah! dijo Frank mas sosegado: calla... aquí viene justamente Stephen que nos dirá....

Stephen entraba en efecto á la sazón, mas dijo que se acababa de separar de sus dos primas, y que por consiguiente no podia ser ninguna de ellas.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó Frank: no ha sido sueño.... he visto á lord Trevor.... estaba allí.... una muger se inclinaba sobre mi frente.... él la ha visto.... y habrá dicho....

Frank no pudo concluir, porque cayó sin conocimiento.

—¿Pero qué muger es esta, ó qué demonio? dijo el viejo Jack que empezaba á sospechar: —Sir Edmundo.... pero es ciego, nada ha visto!

Stephen tambien sospechaba, y al mismo tiempo que atendia al cuidado de Frank con su sangre fria habitual, meditaba sobre lo que acababa de suceder; pero su imaginacion se perdia en un laberinto de hipótesis romancescas, que solo eran posibles en circunstancias extraordinarias, y en que no podia fijarse su ánimo. ¿Quién era aquella muger? ¿quién la habia llevado allí?... ¿Seria este por ventura el segundo acto de la tragedia, cuyas primeras es-

cenas representaron el doctor Moore y su ayudante?

Stephen, olvidando la ceguera de sir Edmundo, se volvió hácia él mas de veinte veces para preguntarle, para saber; pero siempre ahogaba sus palabras la mirada fija y triste del ciego, hasta que por último le dijo:

—Sir Edmundo, Frank va á volver en sí, y tengo precision de hablar con él en secreto.... por lo tanto os ruego tengais la bondad....

—Yo me retiro, señor Mac-Nab, respondió aquel.... vine únicamente por hacerle este servicio.... añadió con acento tan triste y lleno de verdad, que Stephen se conmovió:—pero hoy, como sucede muy á menudo, mi presencia ha sido mas perjudicial que útil.... Quiera Dios preservaros de la desgracia que sobre mí pesa, señor Mac-Nab.

Stephen le apretó silenciosamente la mano, y el ciego se marchó seguido de Jack hasta la puerta de la calle, donde tomó un coche de alquiler.

Así que Frank volvió en sí, se halló

entre lady Ophelia, condesa de Derby, que queria al parecer retirarse, y Stephen, que procuraba detenerla del mejor modo posible. Frank al pronto no se acordó de nada de cuanto habia pasado.

—Amigo mio, le dijo Stephen tomándole el pulso; todavía estais muy débil para soportar las emociones que vais á sentir, y que yo os deberia evitar como médico, pero peligra la felicidad de vuestra vida, y el amigo debe ahora reemplazar al facultativo.... escuchad: os acaban de dar un golpe cruel.

—Me acuerdo.... dijo Frank con voz doliente; ¿pero no ha sido un sueño?

—No, replicó Stephen con firmeza, lo que habeis visto es real y efectivo; entre miss Mary y vos hay ahora una muralla....

—¡Ah! ¡su padre!... ¡mi última esperanza!... murmuró Perceval.

—Animo ¡amigo mio!... ¿Pues que no adivináis que cuando os hablo así en el estado en que estais, es porque tengo un remedio para vuestro mal?... Reunid vuestras fuerzas.... aquí teneis otra esperanza en lugar de la que os acaban de arreba-

tar... La señora condesa de Derby se halla aquí, fiel á la cita.... y os va á hablar....

—No, señor, no, exclamó la condesa, sintiéndose débil en el momento crítico;—este secreto no es mio.... os lo suplicó.... permitid que me retire....

Stephen le dirigió una mirada de reconvenccion.

—No, señor, repitió la condesa; ¡es imposible!...

—¿Habeis venido acaso, señora, dijo amargamente el médico, solo para contemplar su agonía?

La condesa que se habia retirado á los pies de la cama de Frank volvió á colocarse en la cabecera, porque la reconvenccion habia producido efecto, y despues de un momento de silencio le dijo á Stephen con dignidad:

—Quiero hablar al honorable Frank Perceval, y no á vos: os suplico que os retireis.

Stephen suministró á Frank una cuchara de cordial, saludó á la condesa con aire de respetuosa gratitud, y salió al momento del cuarto.

Esta vaciló mucho tiempo en tomar la palabra, y cuando al fin lo hizo, fue para contar con frases cortadas, y voz apenas inteligible, una historia, en que fue muy á menudo pronunciado el nombre de Rio-Santo. Frank la escuchaba con la boca abierta y los ojos fijos, reviviendo á fuerza de atencion, y sosteniéndolo el poderoso interés del relato.

— ¡Y es ese hombre el que se debe casar con Mary! exclamó así que concluyó la condesa.

Esta le estrechó la mano entre las suyas, con los ojos llenos de lágrimas, y le dijo en voz baja:

— Es un hombre que ni vos ni yo podemos juzgar.... Lo que acabais de oír os dá armas contra él.... No abuseis empero de esta ventaja.... Acordaos que me lo habeis jurado.... ¡y que yo lo amo!

Estas últimas palabras las dijo con calor, poniéndose sumamente colorada, y sintiendo Frank temblar convulsivamente su mano, y en seguida, antes de que le pudiese este contestar, se levantó y salió precipitadamente.

—¡Stephen! ¡Stephen! gritó Frank, á quien en este momento daba fuerzas la calentura; ¡tintero y papel!... ¡Llamad á Jack, Stephen!... aun no se ha perdido todo.... ¡Esta pobre muger es muy desgraciada!... Veamos.... voy á hacer la última prueba, y tengo el presentimiento de que ese hombre no me vencerá hoy como ayer....

Jack trajo tintero y papel que puso sobre la cama de su amo, á quien dijo Stephen:

—¿Quereis dictar, y que yo escriba?

—No, no, respondió Frank al instante; os repito que es mi última prueba, mi última esperanza....

—¡Su última esperanza! repitió el viejo Jack, cuyo honrado semblante denotaba una dolorosa curiosidad.

—Quiero probar la suerte por mí mismo; prosiguió Frank acalorándose cada vez mas. Si salgo mal.... ¡ah! si salgo mal, Stephen, estoy muy próximo á morir.... no tendré mas que dejarme caer para no tener el trabajo de volverme á levantar.

Stephen no contestó nada, y Jack me-

neó su encanecida cabeza, levantando al cielo sus llorosos ojos. Frank escribió con una velocidad febril, y así que acabó, le dió la carta al criado diciéndole:

—Para lord Trevor, y no vuelvas aquí hasta haberla entregado tú mismo.... ¿entiendes?

—Lo entiendo, señor.

—Aunque sea necesario penetrar hasta su cuarto, forzar la puerta.

—Descuidad, que no volveré hasta haber entregado á lord Trevor en su mano la carta de Su Honor, dijo sencillamente el viejo Jack; Vuestro Honor lo ha mandado y basta.

Lord James Trevor, como ya dijimos, habia vuelto á entrar en su coche en el estado mas furioso imaginable, y rehusó desde luego con obstinacion responder á las preguntas de su hija, mas esta le exigió el cumplimiento de su palabra de caballero, y viéndose precisado á hablar, dijo con enfado:

—¡Yo mismo lo he visto!... lo he visto con mis propios ojos ¡en verdad!... Frank te ha olvidado, hija mia!

Mary esperaba este golpe hacia algunos minutos, mas al recibirlo quedó aturrida, se apoyó sobre el costado del coche, y no habló mas palabra. Su padre probó á sacarla de aquella triste insensibilidad que le causaba miedo, pero fue inútil cuanto hizo, pues ella permaneció inmóvil y contraída, sin dar muestras de ningun sufrimiento, y únicamente de vez en cuando se abultaba su pecho y se escapaba un suspiro de la opresion que lo abrumaba. Al bajar del coche en su casa, se agarró, no obstante, del brazo de su padre, y entró con él en la sala, donde estaba lady Campbell con el marqués de Rio-Santo, que la saludó, en la apariencia, con noble y dolorosa resignacion, y al mismo tiempo con frialdad á lord Trevor. Lady Campbell examinó con atencion el entrecejo de su hermano, y el semblante petrificado de Mary, y todo lo adivinó.

— Milord, dijo lord Trevor á Rio-Santo con tono áspero y colérico; yo rehusé esta mañana daros la mano de mi hija porque la tenia prometida á otro. Este otro á quien hubiera preferido á vos para

yerno, me ha devuelto mi promesa, de modo que....

Lord James titubeó, y lady Campbell exclamó interrumpiéndolo:

—¿Qué os decía yo, mi querido marqués? Milord mi hermano es un soldado veterano, cuyos cumplimientos son á veces algo raros; pero al fin, ya veis que os concede....

—Permitidme, hermana: yo no decido..., miss Trevor es libre.... ¡Que elija un esposo, y Dios la haga feliz!

Mary cuando entró se habia sentado al lado de su tia, que se volvió entonces á ella y le dijo:

—¿Qué dices á esto, hija mia?

Mary la miró sin comprender al pronto lo que le preguntaba, pero de repente sintió por todo su cuerpo un estremecimiento doloroso, y prorrumpió en copioso llanto.

—Todas las jóvenes son iguales, dijo en voz baja lady Campbell sonriéndose. No parece sino que la proximidad de la dicha las enloquece.

—¡Cuánto lo amaba! decía Mary en

medio de su llanto. ¡Ah! señora, señora, añadia dejando caer su abrasada frente sobre la mano de su tia, decidme, persuadidme que ya no lo amo!

Lady Campbell estaba visiblemente turbada; y Rio-Santo acongojado tambien por su parte, se inclinó al oido de Mary, y le dijo:

—¡Con que en verdad, Mary, que no me amabais!

Miss Trevor lo miró con los ojos preñados de lágrimas, le dió la mano, que el marqués llevó apasionadamente á sus labios, y le dijo con cierta especie de violencia:

—Lo pasado no existe ya para mí: quiero amaros, milord.... no amar á nadie mas que á vos.... lo quiero!

Lady Campbell suspirando le dió un beso en la frente á su sobrina, y lord Trevor alargó su mano al marqués, y le dijo:

—Mi hija ha resuelto ya, milord, teneis mi palabra.

Mary con este esfuerzo agotó al momento la energía pasagera de aquel instante de fiebre; volvió á cubrir su semblante una

palidéz mortal, y su delicada constitucion, cediendo á tan diversos choques, desfallecia completamente. No estaba desmayada del todo, pero sus ojos medio cerrados, y sus oidos, que solo percibian un confuso murmullo, no trasmitian á su cerebro mas que sensaciones vagas é inciertas.

En aquel momento se oyó en la pieza inmediata un gran alboroto, como de una disputa, y parecia que los criados de la casa querian impedir que entrara á un estraño, que pretendia hacerlo á viva fuerza.

—Entregadme la carta, decia un lacayo, yo se la daré á milord.

—La entregaré yo mismo, ¡por vida mia! contestaba una voz colérica.

Al fin se abrió de pronto la puerta, y se precipitó en la sala el viejo Jack, bañado de sudor, y descompuesto el vestido, arrastrando tras de sí con su impetuosidad á dos criados. Lord Trevor lo conoció al momento, y volvió la cabeza á otro lado.

—Una carta para vuestra señoría, dijo Jack, de parte de Su Honor.

El lord no la quiso tomar, y Jack exclamó:

— ¡Tomadla, milord, tomadla en nombre del cielo!... ¡Mi amo se muere!...

— Retiraos, dijo con severidad lord Trevor; yo no conozco ya á Frank Perceval.

Rio-Santo se inmutó al ver al anciano criado de Frank, pero recobró su serenidad al oír las últimas palabras de Trevor.

— ¡Por piedad, milord!... volvió á decir el fiel Jack.

Lord Trevor tomó la carta, y la hizo pedazos sin leerla, y Jack retrocedió como si lo hubieran herido en el rostro. Brillaban sus ojos, enderezó su encorvado talle, y en seguida bajó tristemente la cabeza, dirigió al lord una mirada de reprobacion y de queja, y dijo pausadamente, y con un dolor indefinible:

— ¡Y era su última esperanza!... ¡pobre amo mio! ¡ya no le resta mas que morir!

El lazo, ó la celada.

**D**URANTE la mayor parte del día se había visto vagar por Finch-Lane, y por las aceras de Cornbill, un hombre con el traje escocés, tartan, gorra con plumas, y las piernas desnudas con borceguies. Mistriss Crubb, que fue la primera que lo observó, apenas se detuvo á tomar la novena taza de te, tanta era su prisa por anunciar á mistriss Foote suceso tan extraordinario. Esta al verlo dijo que eran

*chocantes* las piernas del escocés, pero *mistriss Bloomberry, Brown, Bull, y Dood*, sostuvieron, no sin algun viso de razon, que la parte del vestido masculino que no tiene nombre en el dialecto de nuestras damas (los calzones), eran mil veces mas chocantes que la misma desnudez: y *mistriss Blanck* y *mistriss Crosscairn* afirmaron que habia razones á favor y en contra.

El escocés, que entretanto no se separaba de la esquina de la casa cuadrada, y podia ser un ocioso, ó un pobre diablo extranjero perdido en la inmensidad de Lóndres, tenia casi oculta la cara bajo unos mechones de pelo largo y espeso. No se le veian mas que los ojos pequeños y brillantes, cubiertos tambien en parte por pestañas rojas, que aparentaban indiferencia, pero que no perdian nunca la singular movilidad que les era natural, ni una cierta especie de investigacion constante y cautelosa, que es propia de los espías y ladrones. Cuando conocia que nadie paraba en él la atencion, volvía la vista hácia la casa de la madre de *Stephen*, y entonces inquieto

y pesaroso, porque su planton sin duda se prolongaba, mostraba agitacion y pateaba dando á sus hombros el innoble movimiento que aprenden los mendigos en todos los paises al vestir la librea de la miseria, y que no es comun entre los montañeses de Escocia.

Como á las tres de la tarde, Stephen Mac-Nab llegó á su casa á visitar á su madre, despues de dejar, como ya dijimos, al lado de Frank Perceval al desgraciado sir Edmundo Makensie. El escocés al verlo llegar, se ocultó en Finch-Lane, de muy mal humor, y diciendo:—¡Bueno va! ¡no me faltaba mas que esto!... Tengo hoy una suerte condenada!... Buena noche me espera, trabajo me ha de costar ganar mi pobre sustento.... y así que Stephen entró se volvió á su puesto. Al cabo de una hora, ó poco menos, se abrió la puerta de la casa de mistriss Mac-Nab, y salió Stephen llevando de bracero á su madre, á quien acompañaba á casa del reverendo John Butler, de camino que se volvia á casa de Perceval. El escocés al verlos saltó de contento, sacudia sus melenas, y se

frotaba las manos de placer, mas aguardó á que madre é hijo desapareciesen entre la multitud de gentes que circulan incesantemente por las aceras de Cornhill, y cuando los perdió de vista, atravesó la calle, y llamó á la puerta de la casa.

—¿Qué quereis? preguntó la criada al abrir.

Bob, á quien sin duda habrán conocido ya nuestros lectores, medio levantó su gorra, y exagerando el acento nasal y confuso de los aldeanos de la frontera de Escocia, contestó:

—Su Honor me envia á decir una palabra á las señoritas.

—¿Y quién es Su Honor?

—Su Honor, ¡vive Dios! repitió Bob gritando y gangueando mas: Su Honor... el laird, ¡por vida mia! Sí, el laird Angus Mac-Farlane, del castillo de Crewe.

Sucedió con esto exactamente lo que Bob se habia prometido, que fue, que las dos jóvenes atraidas por las voces se habian asomado á la baranda de la escalera, y Clary al oirlo, exclamó:

— ¡Mi padre! ¡es un criado de mi padre! Bess, haz subir á ese hombre.

— ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! dijo Bob entusiasmado así que se halló cerca de las dos niñas; ¡cómo han crecido! mi pobre muger Effie no las conoceria, aunque ha criado á las dos, segun dice.

— ¡Effie! repitió Ana; ¡la buena Effie nuestra madre! ¿Sois por ventura el arrendador Duncan de Leed, amigo?

— Sí por cierto, hermosas mías: contestó Bob con sencillez: Effie.... la gruesa Effie que os cantaba las coplas de los pescadores de salmon.... ¿Os acordais de la cancion de los pescadores de salmon?

— ¡Que si nos acordamos! dijo Ana saltándosele las lágrimas; nada hemos olvidado, ni á Effie, ni la cancion, nada de cuanto amábamos en nuestra Escocia.

— ¡Pero cómo habeis variado Duncan desde entonces! repuso Clary con admiracion.

Bob se enjugó los ojos, que como conocerán nuestros lectores, tenia perfectamente secos.

— ¡Qué placer me causa veros! dijo en vez de contestar; ¡cuánto tengo que contarle á mi pobre vieja Effie!

— ¿Y vuestra hija Elphet, Duncan? preguntó Ana.

— ¡Elphet! repitió Bob con un gesto admirable de amor paternal ¡pobre hija!... ¡pronto hará seis meses que la lloramos!... Pero yo no he venido para hablaros de mis cosas, no.... Su Honor os espera.

— ¡Mi padre! exclamó Clary; ¿está en Lóndres?

Ana enjugó una lágrima que le habia hecho derramar el recuerdo de Elphet, su compañera de infancia, y de repente se sonrió, exclamando tambien:

— ¡Mi padre! ¡vamos á verlo!

— Al instante que querais, hermosas señoritas, dijo Bob. ¡Ah! ¿cómo se va á alegrar Su Honor?... ¿Cuánto tiempo hace que no os ha visto?

— Un año: respondió Ana.

— ¡Un año! á fe mia que es bastante.... ¡Un año!... yo lo debia saber porque lo acompañé hasta la frontera.... Vamos ¿no nos oye aquí nadie?

Bob miró á todas partes afectando mucho misterio.

—¿A qué vienen esas precauciones? preguntó Clary.

—¿A qué vienen, decis?... bien sabeis, hermosa niña, que con el laird no se puede tener curiosidad.... Miro á todos lados porque Su Honor me dijo: ¡Ten cuidado!

Aquí se detuvo un poco, y continuó despues con aire de inocencia.

—Ya tengo cuidado, bien lo veis.

—¿Pero y nuestro padre dónde está? preguntaron á un tiempo las dos jóvenes.

—Pues eso es.... dijo Bob tomando cierto aire burlesco, se desea mucho ver á papá.... acariciarlo.... besarlo.... ¡bien! todo esto lo comprendo yo, hermosas señoritas, pero el laird es muy severo.... aunque por otra parte es un escelente sujeto.

—¿Cuándo lo veremos? le preguntó Clary.

—Pues, eso es.... repitió otra vez bajando mucho la voz, y agarrando á ambas de las manos, las acercó á sí, como cuando se va á decir un gran secreto, y añadió:

—El laird está aquí para evacuar ciertos asuntos.... Está oculto.... deciros por qué es imposible.... os espera.... Pero sobre todo os encargo el mas profundo secreto, porque le va en ello la libertad.... y tal vez la vida.

Las dos hermanas dieron un grito de terror, y Bob repuso:

—¡Silencio, por Dios! el ruido atrae los espías.... Os decía, pues.... que el laird os aguarda en la posada del *Rey Jorge*, junto á *Temple-Garden*.... preparaos, hermosas mias: dentro de un cuarto de hora os enviaré un coche.... ¡sobre todo prudencia!

—¡Que le va tal vez la vida, decis! exclamó Clary, que pudo recobrar su voz, ¡decis que se trata de su vida, Dios mio!

—¡Vaya! ¡vaya! replicó Bob, tal vez habré yo exagerado; pero están tan embrollados sus asuntos... ¡pobre hombre!... En todo caso, hermosas mias, vosotras lo vais á ver, y si él lo juzga oportuno, sabreis mas, pues yo no sé tampoco gran cosa.... A Dios, miss Clary, á Dios miss

Ana.... ¡Qué contenta se va á poner mi Effie al ver á estas dos niñas!

En seguida se dirigió hácia la puerta, y añadió volviéndose:

—Dentro de diez minutos tendreis aquí un coche: no vayais á perder el tiempo en conversacion!... No se trata de una bagatela, bien lo veis.... cuidado con decir una palabra á alma viviente!

Dicho esto abrió la puerta, se puso un dedo en la boca con aire solemne, y cambiando de repente de fisonomía, hizo una cortesía muy amable á las dos hermanas, y desapareció.

Así que se fue, se miraron fijamente Ana y Clary, y al cabo de algunos minutos dijo esta última:

—¡Cómo ha cambiado! yo no lo hubiera conocido.

—Como ha pasado tanto tiempo, contestó Ana, no seria extraño.

—Antes, replicó Clary, no estaba tan grueso y parecia mas alto.

—Por eso mismo parece mas bajo, porque está mas gordo, repuso la confiada Ana; ¡qué dicha, volver á ver á nuestro padre!

—Sí, dijo Clary.... otras veces no tenía esas estrañas miradas....

—¡Pobre Elphet! interrumpió Ana, ¡morirse tan jóven!

—¡Sí, pobre Elphet! repitió maquinalmente Clary!... ¿Pero este hombre será realmente Duncan de Leed? añadió de pronto.

Ana se echó á reir, y le dijo:  
—Despachémonos, hermana, el coche va á venir, y evitaremos las preguntas de la tia, á quien no podremos mentir.

Clary nada contestó, y Ana se acercó á ella, y dejando caer su hermosa cabeza sobre el hombro de su hermana, que continuaba inmóvil y callada, le dijo sonriéndose con dulzura:

—Clary, nuestro padre nos espera.... y bien sabes, hermana mia.... ayer me dijistes que le hablarías....

La sonrisa de Ana fue contagiosa, pues Clary dejó de estar seria y pensativa, y volviéndose á su hermana, cuya blanca frente besó, le dijo suspirando:

—¡Estoy loca! no veo mas que peligros por todas partes.... Tenia miedo,

Ana... ahora ya estoy mas tranquila. Como lo estrañaria el bueno de Duncan, si supiera que he sospechado un momento si podria ser....

—¿Si podria ser qué? preguntó Ana viendo que Clary dudaba.

—¡Una locura! nada.... contestó Clary riéndose. Vamos: le hablaremos á nuestro padre de Stephen, ¿no es verdad?... Tú serás feliz, Ana, muy feliz.... porque Stephen te amará.... te ama.... Quién te podria ver sin amarte, añadió acercando la cabeza de Ana á su pecho; tú que eres tan buena, tan hermosa, hermana mia.... Por ti sola pido yo á Dios, ahora que ya no espero....

Clary no acabó la frase, y Ana á su vez se habia puesto seria, y dirigiendo á su hermana una mirada triste y curiosa al mismo tiempo, le dijo:

—¡Que tú no esperas ya! ¿Que es lo que me ocultas Clary? ¿No te he abierto yo siempre mi pecho?

—Calla, loquilla, respondió Clary, solo los que aman tienen secretos.... y yo.... yo no amo á nadie.... ¡Oh! ¡no!

Así que concluyeron su tocador, tomó Clary unos hermosos guantes de caza que habia bordado para su padre, y Ana una petaca de mostacilla que habia hecho tambien para él; en seguida bajaron las dos en un momento en que ocupada la criada no hizo alto en ellas; y un cuarto de hora despues se apeaban de un coche en la puerta de la posada de maese Gruff, con quien ya hicimos conocimiento en el primer capítulo de esta historia con motivo de su expedicion nocturna con el capitan Paddy O-Chrane.

Maese Gruff, y su muger mistriss Gruff, habian sido indudablemente hechos el uno para el otro, si es que la eminente teoría de los contrastes es la que en realidad rige en este mundo de acá abajo. Maese era un hombre pequeño, rubio, caprichoso, regañon, con un par de patillas amarillentas que daban miedo, y un vientre extraordinario. Su muger era alta, flaca, enjuta de carnes, negra, con una fisonomía risueña, pero privada cuanto es posible de todo atractivo y agrado. Jamás reñía sino á maese Gruff, su dueño y señor, el cual

en justa correspondencia no era amable sino con ella, y enseñaba los dientes al resto del universo.

Su posada estaba medianamente servida, y al decir de la vecindad, les producía bien, y maese Gruff pasaba por tener algunos miles de libras esterlinas inscritos en la deuda inglesa; idea hija tal vez de la situación de la casa, edificada, en parte, sobre estacas en el Támesis, y con cierta trampa, por la que vimos bajar los misteriosos fardos del cargamento del capitán Paddy la noche del domingo, en que tomó un baño de por fuerza en el río. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que maese y mistriss Gruff recibieron á las dos jóvenes como que las esperaban, lo cual no contribuyó poco á tranquilizar á Clary, á quien volvieron á asaltar en el camino sus sospechas.

—¿Las hijas del laird sin duda, no es esto? dijo bruscamente el tabernero: entrad, entrad, señoritas, que ahora os enseñarán el cuarto de vuestro padre.

—Y es padre, por cierto, muy feliz, añadió mistriss Gruff con gracia, el que

tiene hijas tan lindas.... Entrad, hermosas señoritas, voy á llevaros al cuarto del laird.

Las dos hermanas siguieron sin desconfianza á mistriss Gruff, que las entró en una vasta pieza del primer piso, cuyas ahumadas ventanas daban al Támesis, y en cuyo centro habia puesta una mesa con tres cubiertos.

—Su Honor, vuestro padre, señoritas mias, dijo mistriss Gruff con una sonrisa sumamente amable, debia haber venido ya.... pero ocurren tantos negocios cuando se viene á Lóndres.... No os impacientéis, apostaré á que está aquí antes de diez minutos.

—Lo esperaremos, contestó Clary.

Ana, sin saber por qué, miraba con el espanto de una niña aquellas paredes altas y húmedas, y aquellas ventanas, cuyos vidrios habian perdido la diafanidad con el polvo de adentro, y la niebla de fuera.

Mistriss Gruff las saludó y se fue, y en el piso bajo encontró á su marido hablando con Bob-Lantern, que ya se habia quitado el traje de escocés, y le dijo al verla:

—Mi buena señora, os confío esos dos ángeles.... es preciso cuidarlos.

—Aquí se cuida á todo el mundo, contesto maese Gruff con grosera y sarcástica intencion.

—Amigo mio, le dijo con dulzura su muger, callaos... En cuanto á esas dos palomitas, señor Bob, confiad en nosotros... ¿Traereis sin duda de aquella agua vuestra?

Bob sacó de un bolsillo el pomito que le habia dado Bishop el dia antes en la taberna de *La Pipa y el Jarro*, y dándose-lo á la posadera, le dijo sonriéndose:

—Tres gotas, mi buena señora, ni mas ni menos, ¿sabeis?

—Ya lo sé, señor Bob.

—A las tres estaré yo debajo de la trampa con una lancha, repuso Lantern; cuidado no las vayais á estropear al bajarlas, maese Gruff.... mi mercancía, como la llama el bribon de Paterson, debe entregarse en buen estado y sin averías.

## SEGUNDA PARTE.

### La hija del ahorcado.

I.

### La posada del rey Jorge.

**R**ECORDARAN nuestros lectores que nos separamos de miss Mary Trevor en el momento en que alucinada, como su padre, con la escena muda que representó Susana á la cabecera de Frank Perceval,

consintió en dar su mano al marqués de **Rio-Santo**. Desde los salones del palacio de **Trevor** pasamos rápidamente á la modesta habitacion de las dos miss **Mac-Farlane**, á quienes condujo **Bob Lantern**, el mozo querido del buen capitán **Paddy O-Chane**, y dejó en un cuarto de la posada del *Rey Jorge*, edificada en parte sobre pilotage á las orillas del **Támesis**.

Por lo que hemos dicho tambien con respecto á maese **Gruff**, habrán conocido nuestros lectores, que éste ocupaba en su casa una posicion análoga á la de un rey constitucional, donde no rige la ley sálica: tenia el imprescriptible derecho de cumplir dia y noche la voluntad de su muger, ¡y bien sabe Dios que la tarea era pesada! **Mistriss Gruff**, sentada en su trono, hubiera hecho una reina alta, flaca, negra y en extremo caprichosa, y en el mostrador hacia una mesonera regular, afable con sus huéspedes y cariñosa con el público, pero inexorable con su esposo, quien por una especie de báscula conyugal soberanamente establecida, ganaba un sofion por cada sonrisa, y por cada cor-

tesía una maldicion. Estos eran ya precios fijos, y mistriss Gruff hubiera tenido escrúpulo sino hubiera regalado copiosamente á su esposo la cólera que economizaba á sus parroquianos.

Haria como una hora que habian llegado á la posada del *Rey Jorge Ana* y *Clary Mac-Farlane*, y que sentadas delante de la mesa de comer, esperaban con impaciencia á su padre. De cuando en cuando se percibian pasos muy mesurados en el corredor, y se oia el roce de la tela de un vestido contra la puerta, como si se acercara alguien á la cerradura para ver ó escuchar. Por afuera zumbaba el viento; se veian tal cual vez por entre los opacos vidrios de la ventana pasar, cual negras fantasmas, las espesas espirales de humo de los *steamers*, que subian y bajaban por el rio, se oia la voz triste y compasada de los marineros que hacian alguna maniobra en sus barcos, y mas lejos aun el confuso rumor de los innumerables carruages que cruzan incesantemente las calles de Londres.

Nada habia en todo esto de estraordi-

nario, y las dos hermanas debian además estar familiarizadas con semejante ruido, pero hay momentos en que la mas pequeña cosa promueve en la imaginacion ideas tristes y lúgubres. Ana y Clary habian emprendido desde luego una larga y alegre conversacion, hablando de su padre, un poco de Stephen y algo de esos castillos seductores, que con tanta habilidad y destreza saben edificar las jóvenes sobre la movediza arena del porvenir: pero al fin, vinieron insensiblemente á entristecerse con la melancólica soledad, y el monótono concierto que hemos trazado, apoderándose de sus almas un enorme peso. El cuarto en que estaban era bastante grande, mas todos los muebles se reducian á una cama con colgadura cerrada, unas cuantas sillas, una mesa y un escritorio antiguo, lo cual le hacia parecer mas espacioso. La noche estaba oscura, y una sola bugía repartia su trémula luz en aquellas tinieblas, sin poderla hacer llegar al techo.

Clary seria y pensativa fijaba á veces su distraida vista en una de las ventanas;

por donde se divisaba á largos intervalos la rápida luz de algun paquebote de vapor, y Ana estaba realmente asustada, sin atreverse á quejar, y sosteniéndose la cabeza con las manos, imaginaba estar en casa de su tia, bajo la proteccion de Stephen, hasta que en voz baja, y sin descubrir los ojos, exclamó: — ¡Clary!

Esta le dirigió una mirada triste, pero serena.

— ¿No tienes miedo? signió diciendo Ana; ¡qué lóbrego y qué frio es este cuarto, hermana!... Ya debe ser tarde.... Y aquel hombre... ahora que pienso en él... ¡Oh! ¡tenias razon Clary!... ¡aquel hombre que nos ha hecho venir no se parece al buen Duncan de Leed!

— ¡Tú lo conocias tambien! dijo Clary sonriéndose.

— Yo no sé.... Duncan no tiene aquel ojo tan feroz, que brilla escondido detrás de unas grandes cejas hundidas. Quisiera irme de esta casa, Glary.

— ¡Y nuestro padre que va á venir, loca!... Vamos.... tranquilízate... ¿Qué hemos de temer á esta hora, en medio de

Londres, cuando todo está en movimiento?

—No lo sé, contestó Ana con voz trémula; tengo miedo.... ¡nunca he tenido tanto!

Al acabar de decir esto sonó ruido en la puerta, la pobre niña se arrimó temblando á su hermana que no perdió nada de su serenidad, y entró mistriss Gruff con su amable sonrisa, acompañada de su marido, cuyo ceñudo semblante parecia revestido de un nuevo baño de mal humor. Ella traia en la mano un plato con un guisado, y él un jarro de cerveza de Escocia, capaz de despertar con su espuma el sentimiento nacional de un montañés de tres dias difunto.

—Ahora bien, mis bellas señoritas, dijo mistriss Gruff haciéndoles una graciosa cortesía, el laird se hace esperar mucho esta noche: nos ofreció estar de vuelta á las seis lo mas tarde.... Esto es muy extraño.

—Es extraño, repitió entre dientes su marido, clavando en Ana sus encarnados ojos.

—Amigo mio, callad; le dijo cariñosamente mistriss Gruff: dejad el jarro.... é idos de aquí.

El buen hombre egecutó la órden en tres tiempos.

—Vamos, vamos, lindas señoritas, siguió diciendo alegremente la mesonera así que se fue su marido, el laird no puede ya tardar mucho.... entretanto, creedme, haced por comer y beber.

Clary hizo un gesto negativo, y mistriss Gruff exclamó llenando un vaso:

—¡Cerveza de Escocia, hija mia! ¡Verdadera cerveza de San Dustan, bajo mi palabra!... Es preciso beberla, hijas mias; ¡eso huele al pais, ó yo no soy cristiana!.. Mas ahora me acuerdo: ¿puede que querais mejor un poco de Wisky?

—No señora, esperamos á nuestro padre: dijo Clary con un tono que manifestaba deseo de que terminase aquel convite.

Mistriss Gruff recibió esta repulsa con una sonrisa angelical, que dejaba ver una gran dentadura morena, y replicó:

—Haced lo que gustéis, mi apreciable

señorita.... ¡pero la cerveza es buena, á fe mia!... tan buena, que no se ha fabricado mejor del otro lado del Solway.

Y les hizo una cortesía y se marchó. Al entrar en la sala del piso bajo encontró á su marido, y exclamó:

— Señor Gruff, deseo que Dios os conserve para mi tormento en este mundo.... ¿No podriais ayudarme á persuadir á esas coquetas?

— Me habeis prevenido que calle.... empezó á decir el tosco mesonero.

— Y os lo vuelvo á mandar otra vez, respondió su amable mitad.... ¡Ah! ¡señor Gruff! ¡de buena gana daría cualquiera cosa al que me supiera decir para qué sois bueno en este mundo!... ¡os aseguro que lo haría!... ¿Sabeis lo que va á suceder? que esas muchachas no beberán, y estarán tan despiertas como los gatos en Enero.... ¿No me entendéis?

— Mi querida amiga....

— ¡Para decir tonterías, mas vale callar! ¡Ah! ¡qué digna soy de compasion! ¡bien lo sabe Dios!... ¿Y qué dirá ahora el señor Bob que nos ha pagado antici-

padamente? Responded, ¿le devolveremos sus veinte libras?

—¿Devolverle sus veinte libras, Baby?

—Es solo una pregunta que os hago, maese Gruff.

—Juro á Dios, Baby, yo supongo....

—¿No os he dicho que calleis? replicó la graciosa mesonera; ¡no me fatiguis por Dios!... ¡Ah! ¡si tuviera yo otro marido! pero cómo ha de ser, á lo hecho pecho.

Y este hecho hacia veinte años que estaba consumado.

Maese Gruff bajó tímidamente su terrible vista, y no se atrevió ya á aventurar la menor palabra. Su muger lo contempló con soberano desprecio como cosa de un minuto, y disgustada sin duda de no tener con quien hablar, subió muy quedito la escalera que conducia al cuarto de las jóvenes, y aplicó discretamente el ojo á la cerradura. Llevaba un vestido de seda cerrado hasta el cuello, como lo debe llevar toda metodista timorata, lo cual explica el roce que se percibia algunas veces desde dentro del cuarto, porque no era su menor defec-

to la curiosidad, y aquella tarde se habia entretenido varias veces en mirar por la cerradura. Por ella veia perfectamente, pero no podia oir, y esto se lo hacia mucho mas sensible el conocer que las dos hermanas estaban cabalmente hablando de ella.

El rostro de Ana se habia serenado algun tanto, gracias á la amable sonrisa de la mesonera, cuyo semblante con trazas de amigo le hizo cobrar ánimo, y recuperar en parte algo de su buen humor. El cuarto en que estaba no le parecia ya tan triste, y el ruido de afuera llegaba á sus oidos sin la lúgubre ilusion con que se presentaba poco antes á su asustada fantasia. El lindo rostro de Clary acababa por el contrario de manifestar alguna inquietud, como si la vista de la alegre mesonera hubiera turbado su tranquilidad.

—¡Por qué has despedido á esa buena muger, que tiene unos modales tan finos y atentos! dijo al fin Ana. Ya no tengo miedo.... Ahora me atreveria á esperar hasta media noche sin cuidado.

—¡Hasta media noche! repitió Clary

frunciendo ligeramente las cejas; ¡Dios quiera que venga pronto nuestro padre!... Pero, hermana, ¿has observado bien esa muger?

—Sí por cierto, Clary, y le hubiera dado un abrazo con todo mi corazón.... Ya empezaba á temblar de miedo.

—¿No encuentras tú, repuso Clary en alta voz como si estuviera meditando, un no sé qué extraño en su cara?

—¡Estrañó! no, en verdad.... Algo de muy cariñoso.

—No me gusta su sonrisa, dijo Clary en voz baja.

—Pues á mí me ha parecido bien, hermana.... ¿Pero cómo estás tan pálida.... y seria.... y triste.... tienes algo, Clary?

Al decir esto perdió toda su alegría la tímida niña, y se arrimó de nuevo á su hermana, la cual no contestó.

—¡Anda! repuso Ana; ya estaba yo tranquila, y ahora me has vuelto á asustar. Clary la miró con cierta indecision, le cogió las manos, y esforzándose por sonreír, le dijo:

—Nuestro padre va á venir.

— ¡Oh, sí! ¡nuestro buen padre! exclamó Ana; vamos á verlo... puede ser que nos lleve á nuestra querida Escocia con....

— Con Stephen: la interrumpió Clary con alguna ironía. Ana se ruborizó, y añadió con voz muy baja:

— Con mi tia.... y con mi primo, si quiere venir.

— Sí querrá, querida hermana.... ¡Pero cómo tarda nuestro padre!

Clary pronunció estas últimas palabras con tan visible inquietud, que Ana se estremeció involuntariamente, porque la pobre niña se habia acostumbrado á sentir por instinto todas las impresiones de su hermana, siempre que su candorosa y encantadora gracia no protegía la debilidad infantil de su carácter. Miró entonces á Clary con ansiedad, y se renovó con mas fuerza su pasado susto, porque esta padecía en efecto, y su angustia, aunque de diversa especie que la de Ana, le causaba un terrible sobresalto. No podia explicar la tardanza de su padre, y habia llegado á concebir por él serios temores; pero tambien se inquietaba por su hermana y por sí

misma, porque recordaba sus sospechas sobre el supuesto Duncan de Leed, y á medida que reflexionaba tomaban estas cuerpo en su imaginacion hasta el punto de convertirse casi en certeza.

En aquel tiempo se hablaba mucho de raptos misteriosos, de atentados crueles, y la terrible fama de los *burkers* (resurreccionistas) y otros especuladores de la muerte, solia muchas veces turbar el sueño de las jóvenes. No sin razon temia, pues, Clary, al verse con su hermana en una posada desconocida, adonde las habia hecho ir un hombre, para ella sospechoso; pero el temor no podia enseñorearse por mucho tiempo de su noble alma, y pronto recobró su serenidad. Para conseguirlo le bastó mirar á su hermana, que desconcertada por un vago terror, tenia apoyada sobre la mano su linda cabeza, y parecia próxima á desfallecer. Clary le cogió la mano que tenia helada, y estrechándola suavemente entre las suyas, le dijo:

— ¡No parece sino que estamos en una caverna de ladrones!... Yo queria probar si eras mas valiente que otras veces, Ana....

Tranquilízate.... Aquí estamos tan seguras como en nuestra casa.... ¡Ah! ¡y cómo se reiría Stephen, miedosa, si te viera temblar de ese modo!

Ana levantó la cabeza, y persuadida de que Clary ya no tenía miedo, recobró de pronto su ánimo.

—¿Parece que tienes frío? siguió diciéndole Clary. ¿Quieres que comamos algo?

—¿Aquí piensas tú en comer, Clary? le preguntó Ana admirada; yo tengo todavía un peso sobre el corazón.... ¿No podré beber un poco de agua?

Sus pálidas mejillas se animaron algo, y empezó á espresarse con mas desahogo.

—¿Pero quién piensa en beber agua? añadió echando mano al vaso de cuerno, en que habia perdido su espuma la cerveza de Escocia; esto infunde ánimo, Clary, bebamos á la salud de nuestro padre: y se bebió un buen trago.

Al mismo tiempo se oyó un ruido casi imperceptible en la puerta del cuarto.

—¡Qué buena es! continuó diciendo Ana; no la ha fabricado mejor Effie de

Leed.... ¿No eres ya escocesa, Clary?...  
Exijo que bebas como yo.

Contenta Clary con ver distraída á su hermana con tan alegres ideas, tomó también el vaso y bebió. Esta vez se oyeron distintamente unos pasos que se alejaban por el corredor, para perderse muy pronto en la escalera, que eran los de mistriss Gruff, que no habia apartado el ojo de la cerradura durante la escena que hemos referido.

— ¡Ya han bebido, ya han bebido las dos palomitas! entró diciendo mistriss Gruff en la cocina, donde la esperaba su marido roncando junto al fuego. Este despertó con sobresalto, y muy caro le hubiera costado sin duda su intempestivo sueño, á no haber sido en tan favorable ocasion, porque mistriss Gruff era muger muy severa; pero entregada en aquel momento á su alegría, se contentó con sacudir bruscamente á su esposo.

— ¿Qué hay, mi buena amiga, qué hay? preguntó el marido constitucional.

— ¡Qué ha de haber, ente inútil y estúpido!... ¡qué ha de haber, descarado ha-

ragan!... que las hijas del laird han bebido del agua de M. Bob.

—¿Han bebido, mi buena amiga?

—Sí, y al diablo, sino esperan ahora con paciencia la venida del laird, que andará á esta fecha á caza de perdices por los matorrales de Teviot-Dale.

—Muy tarde es ya para cazar perdices; murmuró maese Gruff.

—Que sea tarde ó temprano poco importa, replicó ágriamente la mesonera; lo cierto es que el laird está á doscientas millas de la posada *del Rey Jorge*, y que....

No habia aun concluido su frase *mistriss Gruff*, cuando se abrió de pronto la puerta de la calle, y entró un hombre embozado en una capa escocesa (*plaid*) que desde luego se echó hácia atrás.

*Mistriss Gruff* se dejó caer como herida de un rayo en un banquillo, enfrente del que ocupaba su marido, diciendo entre dientes asustada:

—¡El laird! ¡el diablo lo ha traído!

## II.

*Dos ángeles al borde de un precipicio.*

**E**L hombre que acababa de entrar en la posada del *Rey Jorge* tendria como unos cincuenta años, aunque representaba muchos mas, y al desembozarse mostró una de esas vigorosas fisonomías, que solo muchos años de martirio pueden atacar. Estaba no obstante pálido, y en cada una de sus facciones tenia marcada una larga série de padecimientos sin remedio, de crueles indecisiones, y de mortales comba-

tes empeñados en el fondo de su corazón por la feroz energía de indómitas pasiones.

Todos los embusteros de profesion procuran aproximarse en lo posible á la verdad en sus invenciones, con lo cual les dan un cierto *colorido local*, con que fácilmente sorprenden la credulidad de las gentes. Bob-Lantern, que era un embustero de primer orden, no habia olvidado este principio elemental de su oficio, y entre todas las posadas sospechosas de Lóndres en que creia hallar facilidad para su diabólica empresa, habia preferido la de maese Gruff, porque era en la que de ordinario se apeaba Angus Mac-Farlane en sus viages á la capital. De este modo se habia aproximado tanto á la verdad, que el menor accidente podia cambiar lo verosímil en verdad real y positiva, como en efecto sucedió; pues no habiendo él contado con la casualidad, ausiliar inoportuno que se encargó de realizar su ficcion, se halló con que habia dicho la verdad, bien á su pesar; pues el padre y las dos hijas estaban reunidos bajo un mismo techo.

El hombre que acababa de entrar era en

efecto Angus Mac-Farlane, del castillo de Crewe. Tenia el semblante sumamente preocupado y triste, no con la tristeza que produce un acontecimiento fortuito, y que disipa la primera cosa alegre, sino con una evidentemente crónica, y fruto de muchas é incesantes zozobras. Sus grandes y hermosos ojos estaban hundidos y ribeteados de encarnado, como si sus fuertes párpados estuviesen habituados á las lágrimas; su frente estaba arrugada, con el pelo de alrededor muy claro; y su boca regular y bien proporcionada formaba en sus estremidades dos pliegues profundos, señal segura de un padecimiento lleno de amargura y dolor. Dos caracteres opuestos se disputaban, por decirlo así, la espresion de su fisonomía; descubríase en ella una energía natural, cuyo generoso fuego vigorizaba por intervalos sus alteradas facciones; y al mismo tiempo se percibia un decaimiento sin esperanza, un profundo desaliento, y algo de la opresora fatiga que se apodera del soldado que despues de combatir ha sido vencido. El habia combatido contra otro, ó contra sí mismo, por una causa

justa ó injusta; habia combatido hasta agotar sus fuerzas, y acaso estaba aun combatiendo, pero llevaba en su frente la señal de la derrota; era un soldado vencido.

La llegada del laird en aquella ocasion fue un verdadero golpe eléctrico para los dignos consortes: *mistriss Gruff*, como dijimos, se dejó caer sobre un banco, y su marido abria sus estúpidos ojos, y retorcia con ambas manos su barba predilecta. *Angus* no observó la sorpresa de éste, sino que acercó al fuego los borceguíes que traia muy mojados, tiró sobre la mesa su toca adornada con una rama de tejo, y dijo:

—Estoy cansado, preparadme mi cuarto.

—¡Vuestro cuarto! repitió *Gruff* gruñendo.... ¡vuestro cuarto, *Mac-Farlane!*.. El diablo me lleve si esperaba veros esta tarde.... Sí, *Mac-Farlane*.... ó Vuestro Honor, como ahora os llaman, ¡á fe mia!... ¡el diablo me lleve si os esperaba!

—¿Está acaso tomado mi cuarto? preguntó el laird.

—¿Tomado? Gracias á Dios, *Mac-Farlane*, hay mas de un cuarto en el *Rey Jorge*.... y en cuanto al vuestro....

—Amigo mio, callad; le dijo interrumpiéndolo la huéspedada, que en este tiempo se habia repuesto, y mostraba ya su sonrisa; Vuestro Honor ha querido sorprendernos.... ¿y cómo estais?.... ¿qué noticias teneis del pais, si gustais decirlas?

Esto último lo dijo con grandísima volubilidad, y con tono, al parecer, muy cordial.

—A mí me va mal, respondió friamente el laird.... y noticia, no tengo ninguna.... ¿No vais á preparar mi cuarto?

Maese Gruff iba á tomar la palabra, pero le cerró la boca un gesto de su muger, que dijo con tono insinuante, en que se traslucia un ligero viso de chanza.

—Se gana la vida como se puede, Vuestro Honor.... no todos hemos heredado como vos un castillo, que reditúa mas libras que chelines ganamos aquí. Vuestro cuarto nos sirve para hacer un pequeño comercio en el Támesis, y en este momento tenemos en él algunos fardos.

—¡Pues sacadlos! contestó Mac-Farlane con impaciencia.

—Hay otros cuartos, ¡por vida mia! murmuró Gruff con mal modo.

—Amigo mio, le dijo su muger, es preciso que calleis.... Su Honor tiene derecho á elegir el cuarto que mas le guste.... Tened un poco de paciencia, señor Mac-Farlane.... dentro de media hora lo tendreis corriente.... ¿Quereis que se os sirva de comer entretanto?

—Comeré en mi cuarto, repuso el laird. Haced que vuestros criados se despachen pronto, señora.

—Toda mi casa está á la disposicion de Vuestro Honor; replicó mistriss Gruff que conservaba una calma completa: al momento vuelvo, señor Mac-Farlane.... es asunto de un cuarto de hora.

Dicho esto se levantó, y al pasar por delante de su marido le dió un fuerte pellizco en el brazo, que le hizo quejarse del dolor, y le dijo al oido:

—Procurad entretenerlo, y cuando me oigais toser, subid al instante.

Maese Gruff le hizo un signo de obediencia.

Angus se sentó en el banquillo que aca-

baba de dejar la huéspedada, y se arrimó al fuego.

—Endemoniadamente frio está el tiempo, Mac-Farlane, dijo bruscamente Gruff, que habia tomado á su cargo entretenerlo, conforme al mandato de su soberana; hace un frio de todos los diablos.... ¡Eh!... Direis que es propio de la estacion.... mas este es mucho frio.... ¡Eh! ¡Eh!... ya he visto yo dias de invierno, en que el viento era suave como.... muy suave por cierto... ¿Gustais de un polvo, Mac-Farlane?

Diciendo esto le alargó la caja, y entonces vió que el laird no lo escuchaba, y exhaló un suspiro, como quien encuentra consuelo en su afliccion.

—¡Hé aquí una buena ocasion! dijo sonriéndose groseramente. Ahora se le podia robar la mano derecha sin que la izquierda lo sintiera.... ¡Es igual!... Lo que yo quiero es, que se arregle el negocio de allá arriba.

El laird estaba con las manos sobre las rodillas, inclinada la cabeza, y sus ojos tristes é inmóviles parecia que seguian el humo espeso y verdinegro que salia de la

hornilla, en que mistriss Gruff habia echado antes de marchar un poco de combustible; mas en realidad sus ojos no percibian ni humo, ni hornilla, ni ninguna otra cosa. Estaba absorto en sus meditaciones, la expresion de su rostro era aun mas sombría que antes, fruncia las cejas, su respiracion era tarda y difícil, hasta que al fin dijo entre dientes con voz sofocada:

—¡Mac-Nab! ¡Mac-Nab!... ¡pobre hermano!... La suerte lo quiere así: mi sangre debe vengarte.... ¡Mi sangre debe castigarlo!

Aquí se detuvo, é hizo un esfuerzo para respirar, y prosiguió en voz mas baja:

—Yo espero tener valor para herir.... lo espero.... ¿por qué permite Dios que ame uno lo que debiera aborrecer?

—¡Ta.... ta.... ta!... murmuró maese Gruff bostezando; tambien permite Dios que nos aborrezcamos con todo nuestro corazon mistriss Gruff y yo.

La huéspedea entretanto habia subido la escalera con suma precaucion, y puéstose en acecho junto á la puerta del cuarto en

que estaban las dos hermanas, en el cual pasaba una escena singular, y muy á propósito para llamar la atención del espectador mas indiferente, pero mistriss Gruff tenia ya el alma endurecida, impasible, y cerrada á la piedad. Habia aplicado la vista á la cerradura, y sentia mucho no poder oír lo que decian, y presenciar solo como espectadora una pantomima, que era por cierto privarse de la mitad del placer. Veamos ahora lo que pasaba dentro del cuarto.

La cerveza que habia llevado mistriss Gruff, aquella buena cerveza de San **D**ustan, contenia bastante dosis del agua que **B**ishop le habia dado á **B**ob-Lantern en la taberna de *la Pipa y el Jarro*, la cual no era otra cosa que el poderoso narcótico de que se valian los resurreccionistas para adormecer las víctimas de su infernal industria. Apenas bebieron de ella algunos tragos las dos hermanas, empezaron á sentir sus efectos, primero con un bien estar general y un aumento tal de vida, que **A**na empezó á cantar una alegre cancion de su pais, y **C**lary dió rienda suelta á su pensa-

miento, y por la primera vez de su vida vislumbró su alma alguna esperanza. En seguida sintieron las dos moverse bajo sus pies el suelo del cuarto, y que las arrastraban lentas y suaves oscilaciones parecidas á las de un buque en calma en medio del mar; Ana cerró los ojos sonriéndose, y Clary se puso pálida é hizo un esfuerzo para recobrar el equilibrio, porque acababa de pasar por su imaginacion un vago presentimiento de la verdad.

Entonces presentó síntomas opuestos el estado de las dos hermanas, porque además de la diferencia de temperamento, mediaba entre ellas desde aquel instante un abismo. Ana, la pobre niña, dormía sosegada y tranquila; mas Clary entreveía lo horrible de su situacion, y se sostuvo porque era fuerte de corazon, y se sintió un momento tan animosa, que desafió al sueño. Puesta de pie, erguida, con los ojos centelleantes, y armada cual amazona para combatir un enemigo invencible, era tan hermosa como la beldad guerrera, que tan bien sabe pintar la enérgica poesia del Norte. Al verla tan noble al borde de un

abismo, cualquiera hubiera sentido comprimirse su corazón con el respetuoso dolor que mueve á piedad y admiración; pues su semblante podia interesar al alma mas vulgar, y el mas cobarde se hubiera sentido con valor para defenderla.

Mas este vigor facticio era un estado muy violento, y fue de corta duracion: Clary fijó casualmente sus ojos sobre Ana, cuya cabeza ya trastornada se apoyaba en el respaldo de un sillón, y esto fue para ella como un golpe magnético; cayó inerte sobre una silla, y empezaron á correr lágrimas por sus mejillas.

— ¡Hermana mia! ¡mi pobre Ana! exclamó con un acento que partia el corazón.

Ana lo oyó, entreabrió los labios, y con la voz recogida y dichosa del que habiendo padecido mucho cree ver la felicidad, le dijo:

— ¡Hace mucho tiempo que lo amo, Clary! ¡Ayer creí que tú lo amabas! ¡Oh, hermana mia! ¡cuánto lloré mientras tú dormias!

Clary se apretó la frente con ambas manos y esclamó con violencia:

— ¡Ah, padre mio! ¡padre mio! ¡por qué no estais aquí para socorrer á vuestra hija! ¡Ay! ¡estoy perdida, Dios mio!... ¡pero sálvese ella!

En este momento fue cuando mistriss Gruff se puso en observacion, y viendo inmóviles á las dos hermanas, creyó que todo estaba concluido, y ya iba á levantar el picaporte para entrar; mas la contuvo un movimiento repentino de Ana. Esta dió una vuelta en la silla y alargó la mano en el aire á una persona imaginaria, diciendo:

— Gracias, gracias, mi buen padre, mi dicha será vuestra recompensa.... ¡Stephen me ama tanto! añadió con pudor.... ¡Oh! y yo.... mañana es la boda.... callaré hasta mañana.

Clary no podia llorar, y su afliccion rayaba en delirio, porque cada palabra de Ana le traspasaba el corazon, y aunque á veces queria aun tener esperanza, y se figuraba que sus temores no tenian mas fundamento que su natural timidéz, el efecto del narcótico era tan palpable, que no dejaba ya duda. ¿Y no era, en verdad, mas terrible en cierto modo el efecto que

obraba sobre ella misma, aunque no fuese tan completo? Es cierto que resistia, pero estaba vencida, y vencida con conocimiento de causa, era un combate real, en que un enemigo superior la sujetaba con su mano de hierro. Mas con todo eso, no cedia aun ella, porque por activo que fuera el narcótico, le habian tomado en tan corta cantidad las dos hermanas, que los resultados no podian ser rápidamente decisivos.

Mistriss Gruff estaba impaciente y renegando junto á la puerta por el recelo de que al laird se le autojara subir.

— ¡Si se les pudiese hacer beber mas á estas chicas! se decia á sí misma.

En este instante Ana despierta todavía, ó comenzando acaso á soñar, se puso á cantar, con voz débil y cortada, su cancion de Escocia. Al primer sonido de esta dulce voz se conmovió Clary, se repuso algun tanto de su desesperacion, y se puso en pie con asombro de mistriss Gruff, que solo tuvo tiempo para dar vuelta á la llave de la puerta, viéndola dirigirse hácia ella.

— Está cerrada, dijo friamente Clary

como sino le causara novedad esta circunstancia.

Se le doblaban las rodillas, y apenas podia sostener su hermoso cuello el peso de su cabeza abrumada, de modo que volvió á atravesar otra vez el cuarto tambaleándose, y se acercó á la ventana.

Esta se componia, como todas las de Lóndres, de dos bastidores sobrepuestos, que giran uno sobre otro de abajo arriba: Clary quiso levantar el inferior, sin duda para implorar socorro, mas no lo pudo conseguir porque era muy pesado, y le faltaba el contrapeso que hace correr con facilidad estas incómodas y poco graciosas puertas, y despues de dos ó tres esfuerzos infructuosos, dejó caer los brazos y bajó la cabeza.

—Esfuézate, tortolita, fatígate, paloma mia, decia para sí la buena de miss Gruff; cuanto mas trabajos, mas pronto caerás... ya lo sé yo por experiencia, ¡á Dios gracias!

—¡Qué contenta está Clary con mi suerte! dijo en este momento Ana, que medio se incorporó, aunque sin abrir los

ojos. ¡Qué buena hermana! yo quisiera que amara ella á un hombre como yo amo á Stephen, porque este hombre le corresponderia.... ¡Es Clary tan hermosa!

Al oír estas palabras Clary permaneció en pie, pero derecha y tiesa, como si de repente se hubiera coagulado la sangre en sus venas, y penetró su alma un nuevo pensamiento, pero muy opresor.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! dijo cayendo de rodillas; ya no le veré mas.... ¡y me amaba!...

La idea de la muerte, porque la muerte era lo que Clary esperaba, no la habia atormentado hasta entonces mas que con respecto á su hermana, pues su corazon, herido con la imágen de Ana entregada á la funesta accion de los resurreccionistas, de los infames fabricantes de cadáveres, se habia olvidado á sí misma. Pero ahora se aumentaba su desesperacion con su angustia personal, pues su amor ardiente y juvenil, pasion vehemente, absoluta y sin límites, cual la hemos querido pintar en la primera parte de este relato, vino á colocarse delante del amor fraterno. Hacia

aquel, hácia el que era su esperanza y su ídolo, iban á dirigirse desde entonces las últimas aspiraciones de su agonía, y ya ni tenia calma ni resignacion, ayes, lloros, gritos de infinito dolor salian solo de sus labios. Se agitaba la infeliz sobre el húmedo polvo del suelo, saliendo de su oprimido pecho desgarradores quejidos, y padecía, en fin, como no es dado que padezca dos veces en la vida nuestra débil naturaleza. Ana se sonreia de vez en cuando en medio de su sueño, y murmuraba á ratos algunas palabras que denotaban su estática felicidad.

Entretanto, espantada mistriss Gruff con los lamentos de Clary, y temerosa de que llegaran á los oidos del laird, bajó pausadamente la escalera, é hizo una seña desde lejos á su marido, que luego que la comprendió se acercó á ella.

— Tomad vuestro violon, le dijo.

— ¡ Mi violon, querida amiga! contestó Gruff como admirado.

— ¡ Callad! Sí, tomad el violon, haced lo que os digo:

Entonces se oyó un grito penetrante

encima de la escalera, y maese Gruff comprendió desde luego el objeto de su espesa, y descolgó del techo un violon lleno de polvo, que le faltaba una cuerda, y dió con resina al arco.

— Me parece que he oído un grito; dijo Mac-Farlane saliendo de su letárgica meditacion.

— Un poco mas de paciencia, Vuestro Honor, le respondió la hùspeda; dentro de cinco minutos estará corriente el cuarto.

Al mismo tiempo rechinó el arco sobre el violon, produciendo un sonido diabólico, y Mac-Farlane echó mano al bolsillo y sacó un gorro de lana á cuadros que se encapilló hasta taparse las orejas, mientras que Gruff destrozaba el pibroch de Mac-Gregor, de suerte, que con los últimos sollozos de la infortunada Clary se vinieron á mezclar los ingratos sonidos de aquella discordante música, hasta que un sueño invencible fue debilitando poco á poco su voz.

— ¡Eduardo! murmuró al fin dando un fuerte sollozo... ¡Eduardo!... ¡yo te ama-

ba.... y te amo todavía!... ¡Oh! ¡y no sabrás que muero amándote!

Cuando acabó de decir esto, hizo un esfuerzo para acercarse á su hermana que dormía con una sonrisa de ángel en los labios, recostada sobre el sillón, y no pudiendo ya hablar, pensaba y decia en su imaginacion:

—Ellos van á venir.... van á venir ya... y desde el sueño pasaremos á la muerte.... ¡Pobre Ana mia!... ¡y no le dejarán una tumba donde la pueda llorar Stephen!... ¡Y yo!.. ¡quién le llevará á Eduardo mi último suspiro!...

Y cayó con esto paralizada junto á su hermana, y recostando su cabeza sobre el pecho de esta niña, pudo todavía pronunciar entre sollozos esta plegaria: «¡Qué hemos hecho nosotras, Dios mio, para morir de este modo!» Y no se volvió á menear.

—¡Stephen! ¡querido Stephen! dijo Ana tendiendo sus brazos al cuello de su hermana, ¡qué bueno es Dios, y nosotras qué felices!

## III.

## El farol amarillo.

 si que vió mistriss Gruff por el agujero de la cerradura que las dos jóvenes no se movian ya, y estaban abrazadas, volvió suavemente la llave y empujó la puerta; mas sospechando que su inmovilidad no seria acaso todavía un verdadero sueño por el largo tiempo que habian tardado en dormirse, tomó, como muger prudente, la precaucion de pasarles varias veces por delante de los ojos la bugía en-

cendida, para asegurarse de la verdad. Esta operacion, unida á los abominables sonidos del pibroch de Mac-Gregor, que enviaba desde abajo el cascado violon de Gruff, era bastante para despertar á un muerto, pero las dos hermanas no hicieron ningun movimiento: el letargo se habia decididamente completado, y mistress Gruff se hallaba delante de dos estátuas encantadoras, incapaces no solo de hacer resistencia, sino hasta de conocer el peligro. Dejó entonces, pues, á un lado la sonrisa de mando de que habia procurado revestir sus labios para todo evento, y su semblante cubierto ordinariamente con una máscara de mansedumbre, tomó instantáneamente la brusca espresion que le diera la naturaleza, desapareciendo la hipocresía para hacer lugar á una dureza fria, brutal, y calculada, sin el menor átomo de piedad.

— ¡Veinte libras! dijo examinando á las pobres niñas con ojo escrutador. Maese Lanteru hará buen negocio, bien las venda vivas, ó bien muertas.... porque nuestros cirujanos tienen muy raros caprichos, y pagan á veces muy cara la piel de un

lindo cuerpo para forrar con ella la hoja de su visturí.... ¡Veinte libras!... bien nos pudiera dar algo mas.... porque son, á fe mia, dos piezas sin defecto, y mas de un lord habria que vaciase su bolsa en manos del hombre de bien que le proporcionase....

Aquí se detuvo, y empezó á reflexionar, porque acaso le pasó por la imaginacion la idea de ganar por la mano á Bob, y robarle su mercancía, pero el recuerdo de Angus Mac-Farlane, cuya presencia era una terrible amenaza, hizo variar de direccion su pensamiento. Se separó de las dos hermanas, ganó la escalera, y tosió del modo agudo y penetrante, que en todos los paises se tiene por señal de llamada, que era el signo convenido, y al momento cesó el sonido del violon de maese Gruff, y apareció el digno huésped en la escalera.

—¿Está ya concluido? preguntó este en voz baja.

—¡Callad! le contestó como por costumbre su esposa; ¿qué hace el laird?

—No hay cuidado, mi buena amiga; el laird está entregado á sus caprichos de

montañés; habla solo de segunda vista, y otras simplezas. Y entrando en el cuarto y parándose enfrente de las dos hermanas, añadió con cierto aire de conmiseracion:— ¡Qué dos criaturas tan lindas! **Mistriss Gruff** se encogió de hombros, y él prosiguió con voz enternecida, que contrastaba con su repugnante apariencia:— ¡Qué infamia! ¡qué picardía hacer daño á estos angelitos!

— ¡Callad! le dijo ágricamente su muger, y encended el farol.

El mesonero se alejó suspirando, y **mistriss Gruff** se quedó murmurando con sentimiento:

— ¡Que una muger como yo tenga semejante marido!... ¡Pues no se iba á lamentar de la suerte de estas coquetas!... Veinte libras son, veinte libras, lo entendéis, máquina sin inteligencia; y porque maese **Bob-Lantern** hace su oficio como debe.... ese sí que es lo que se llama un hombre.... no hay motivo para suspirar como un buey que van á degollar, no. No me repliqueis, es en valde; yo soy una pecadora á quien Dios castiga con una pesada

cruz en este mundo; esto es lo cierto, maese Gruff.

Hubiérase este guardado muy bien de responder, porque veinte años de experiencia le habian hecho conocer el peligro de las discusiones, y por lo tanto levantó con robusto brazo el bastidor de la ventana que no habia podido mover Clary, abrió un farol grande que habia colgado en la parte de afuera, tomó una vela encendida que le dió mistriss Gruff, y la clavó en un punzon que le servia de mechero, con lo cual difundió por la pared los reflejos de un amarillo vivo y brillante. Al otro lado de la ventana habia otro segundo farol, que aunque no lo encendió, se veia con la claridad del primero que tenia los vidrios verdes, y era el mismo que vimos brillar en el Támesis cierta tarde de un domingo, mientras la niebla, y recordaremos que servia de señal á la escuadrilla del buen capitan Paddy, que iba á recoger los despojos de los desgraciados que esplotaban los esposos Gruff con su *pequeño comercio*, de cuya nocturna industria tendremos ocasion de ocuparnos mas adelante.

Tambien hemos dicho ya algo del farol amarillo, que era asimismo una señal, pero dirigida especialmente á los especuladores de la muerte, y no anunciaba despojos sino cadáveres, y que con sobrada razon estremecia al buen Paddy, al pensar en este lúgubre farol colocado como enseña en aquella caverna, donde una criminal industria vendia la carne de sus víctimas. No hay pais ninguno en el mundo sino Inglaterra que mantenga estos monstruos regularizados, estos tigres económicos, que llevan en partida doble la cuenta de sus maldades, y aplican al asesinato la vigorosa lógica de los cálculos comerciales.

Maese Gruff aflojó el bastidor inferior de la ventana, que bajó rechinando por entre sus húmedas muesecas, y cayó con estrépito, y dijo al punto con su semblante y acento regañón:

—Me parece ver la barca de Bob delante de Whitefriars: el sabueso huele la presa: dentro de tres minutos estará aquí.

—¡Oh! respondió la mesonera mirando á su esposo con el mayor desprecio: ese es hombre que lo entiende!... Si tuvierais

bastante discernimiento para conocer que sois un necio, iriais á tomar lecciones en su escuela, maese Gruff.... pero Dios os hizo asi para castigo de mis culpas.

Maese Gruff no oyó esta filípica, porque se habia aproximado involuntariamente á las dos hermanas, y las contemplaba con compasion.

—Mucho mal he hecho durante mi vida, murmuró entre dientes, pero el diablo me lleve sino es cosa bien triste entregar tan lindas criaturas á ese carnicero de Bob.

—¿Qué es lo que decis? exclamó su muger, cuyo amarillento semblante se volvió rojo de cólera; ¿de cuando acá os poneis á reflexionar? ¿Son lindas, no es verdad? ¿y á nosotros qué nos importa? ¿Tenemos acaso algunas rentas para que pasemos el tiempo en lloriquear por las desgracias ajenas?... Bajad á ver si se impacienta el laird, y traedme un vaso de wisky.... ¡Vamos! ¡mas pronto que la vista!

Maese Gruff obedeció y se fue, preguntándose á sí mismo, sino seria lo mas acertado poner dos ó tres gotas del agua de

Bob-Lantern en el whisky de su muger para que se durmiera de una vez como á él le convenia. A esta cuestion no pudo menos de responder su buen sentido, que lo mas acertado era aprovechar aquel momento, doblar la dosis, y echar seis ú ocho gotas, para evitar el riesgo de volver á ver despierta á la amable mesonera; mas por entonces creyó oportuno suspenderlo hasta meditar mas detenidamente.

Cuando volvió á anunciar que el laird permanecia sentado junto al fuego, embebido en sus pensamientos, sonó un campañazo encima de su cabeza, y la mesonera dijo:

—¡Aquí está ya maese Bob, vamos! ¡manos á la obra sin perder tiempo!

Ambos trasportaron á un rincon la mesa que estaba en medio del cuarto, y Gruff alcanzó con un gancho una cuerda que habia enrollada en una polea pendiente de una de las vigas del techo, y la bajó hasta el suelo. Entretanto su muger separó á las dos hermanas que estaban abrazadas, sin tomar ninguna precaucion, porque sabia de otras veces que no habia recelo de que

despertaran, y tendió en el suelo dos sábanas, en una de las cuales envolvieron los dos esposos á Clary, y la colocaron en una red que habia en el extremo de la cuerda, especie de hamaca ó cama colgante, que por lo comun no servia para los vivos. Tiró en seguida maese Gruff de una argolla de hierro que habia clavada en las tablas del piso, en el sitio justamente de donde acababan de quitar la mesa, y levantó una pesada trampa, que rechinando sobre sus mugrientos goznes, dejó abierto un boquete ancho y oscuro.

— ¿Quién va allá? preguntó él en voz baja.

— ¡Camarada! respondió desde abajo la voz de Bob, y al momento empezó á dar vueltas la polea, y desapareció por el boquete el paquete blanco que contenia á la pobre Clary.

— ¡No tan aprisa! ¡no tan aprisa! dijo Bob-Lantern con inquietud. ¡A ver si me averiais esto, gran demonio! ¿cuál de las dos es esta?

— Al diablo si me ha ocurrido ponerles un rótulo en la espalda, contestó Gruff con

acritud; es la que primero me ha venido á las manos. ¿La habeis cogido ya?

—¡ Esperad un poco.... no seais imprudente! porque esto es cosa muy frágil, majadero.... ¡ Vaya! ya tengo segura á esta bella muchacha.... A la otra ahora.... y subió la cuerda.

En el tiempo que duró esta maniobra tuvo lugar mistriss Gruff para envolver á Ana, y tenerla lista para emprender á su vez el viage; pero cuando la estaban colocando los dos esposos en la hamaca, se oyeron pasos por la escalera, y apareció en el umbral de la puerta el laird Angus MacFarlane con su sombrío aspecto. Aterrada al verlo mistriss Gruff soltó su presa, y como dejó en el aire la cabeza de Ana, se salió esta fuera de la hamaca, y levantó al caer la punta de la sábana que la cubria, y se esparció por el suelo su largo pelo suelto.

El laird no habia subido porque hubiese sospechado ni lo mas mínimo, ni menos por ningun movimiento de curiosidad, sino porque la propension natural de su pensamiento lo arrastraba algunas veces

lejos de las cosas de este mundo, como sucede con frecuencia á todos los iniciados en aquella endémica superstición de Escocia, que el gran novelista ha popularizado en muchos de sus escritos con el nombre de *Segunda vista*. Las desgracias y contratiempos de una tempestad ya pasada le hacían presentir para lo futuro otras desgracias y otros contratiempos, y de esto nacía en gran parte la perpetua mezcla de penas pasadas y dolores futuros, que alteraban su carácter hasta el punto de que los indiferentes lo tuvieran por maniático. Había, pues, ido á aquel sitio sin reflexionar, sin meditar, y sin mas intencion que la de ser aquel el sitio adonde tenia costumbre de dirigirse.

—Marchaos fuera, dijo al entrar; dejadme que quiero estar solo.

Mistriss Gruff, en medio de su sorpresa, habia conservado bastante presencia de ánimo para interponerse entre Ana y su padre, y ostentando una de sus mas amables sonrisas, le contestó:

—Todavía nos queda un fardo por bajar, Vuestro Honor, y al momen-

to os dejamos libre vuestro cuarto.

El laird se fue entrando lentamente en él, demostrando la triste naturalidad de sus miradas que no veía nada de cuanto allí pasaba.

— ¡Deja correr, maldito, deja correr! dijo entredientes mistriss Gruff volviéndose hácia su marido que estaba como petrificado.

— Haced venir un coche, repuso el laird, cuyas ideas parecia que se volvian á fijar en las cosas de la vida; porque quiero ir á Cornhill á ver á mis hijas.

— ¡Cuánto se alegrarán las pobres señoritas! se atrevió á decir la huésped; y volviéndose á su marido añadió: ¿quieres soltar la polea, miserable?

Mas el huésped seguía helado de espanto, porque aunque era un bribon desalmado, le faltaba mucho para igualar á su mujer; pues la presencia de aquel padre al lado de sus dos hijas sacrificadas le inspiraba un horror terrible, y un espantoso miedo al mismo tiempo.

El laird habia entrado ya hasta el centro del cuarto, y solo lo separaba de su

hija, que estaba colgada sobre la trampa, el espacio que ocupaba **mistriss Gruff**; pero esta era muger serena y de cabeza, y en medio de aquella gran crisis conservó toda su sangre fria, y midió con una ojeada la situacion. Sin hacer cuenta con su marido, que de nada le podia servir, calculó hasta qué punto le convenia aprovecharse de la preocupacion crónica del laird, y combinó la parte de atrevimiento con la de prudencia; en una palabra, arregló uno de esos planes rápidos, cuyo mérito consiste en su vulgar sencillez, y que ya le sirven á una muger para poner á su marido en la deplorable posicion mencionada por el salmista, *oculos habent, et non videbunt*, ya á un diplomático para escamotear una provincia, ya á nuestro **Wellington** para ganar una batalla.

El cuarto estaba alumbrado por una sola vela que habia quedado sobre la mesa, pero la luz venia á dar de lejos y perpendicularmente sobre el rostro de Ana; por manera, que si el laird daba un paso mas se encontraba cara á cara con su hija. **Gruff** estaba pálido como un muerto, y la

huésped en este momento decisivo agarró la cuerda de la campana, y tiró de ella con toda su fuerza; al ruido que hizo, el laird por un movimiento natural levantó la cabeza para ver de qué procedía, y entretanto mistriss Gruff dió un brinco y apagó la vela. El cuarto quedó entonces en completa oscuridad, pero un grito terrible proferido por el laird, probó que á pesar de lo rápido de la accion de mistriss Gruff, la vela habia alumbrado lo bastante para que aquel se apercibiera de lo que pasaba. En efecto, el último resplandor de la luz le presentó á Angus el rostro de su hija, y aunque su duracion fuese de la vigésima parte de un segundo, la vió pálida, desgreñada, y tendida sobre la trampa, y sintió en su corazon un dolor tan agudo, que se le doblaron las rodillas y estuvo á pique de caer sin sentido. Entonces se dilataron sus pupilas como si se hubiera esforzado por ver todavía, y arrastrado al fin por su habitual propension hácia todo lo maravilloso, sospechó si habria sido aquello alguna vision, y en tal caso ¿qué le anunciaba? un gran peligro sin duda; y con esta idea

dirigió sus pasos, no hácia la pobre Ana, sino hácia la puerta para ir al momento á Cornhill, y preservar á sus hijas del peligro que imaginaba.

Mistriss Gruff, aunque por el pronto se desconcertó con el grito del laird que indicaba haber sido inútil su estratagemá, se repuso pronto, y cobró ánimo al ver que este permanecía inmóvil, y se fue otra vez á la trampa, arrancó á su marido la cuerda de las manos, dejó correr la polea, y Ana cayó como una masa inerte en el fondo de la lancha.

— ¡Ira de Dios! exclamó Bob, que se habia estado quieto suponiendo que arriba pasaba algo extraordinario: ese bárbaro de Gruff la echa como si fuera un lio de trapos.

— ¡Boga! le dijo mistriss Gruff con viveza, y cerró con estrépito la pesada trampa.

Este ruido estremeció violentamente á Angus Mac-Farlane, y le inspiró el sentimiento de la realidad, y lanzándose hácia el sitio en que creia haber visto á Ana, exclamó:

— ¡Hija mia! yo he visto á mi hija.

— ¡Vuestra hija! replicó la huéspedera riendo á carcajadas: escuchad, maese Gruff, ¡el laird dice que ha visto á su hija!

— El laird ha visto á su hija: dijo maquinalmente Gruff.

Mac-Farlane empezó á buscar á tientas por el cuarto, y no hallando mas que el suelo, dijo imperiosamente:

— ¡Luz! ¡Traedme luz al instante!

— Con mucho gusto, Vuestro Honor, no hay necesidad de que os incomodeis por eso; contestó mistriss Gruff, y salió, y encendió la vela en el farol que alumbraba la escalera.

El laird escudriñó con la vista por todas partes, y se apretó la frente con ambas manos, y mistriss Gruff se empezó á sonreír, y dijo con mucha afabilidad:

— Vuestro Honor se ha quedado dormido abajo al lado del fuego: ¿habeis tenido acaso algun mal sueño?

— Yo he visto, contestó Angus afligido, y he visto bien; no me he equivocado... ¡era ella!... ¡dormida... ó muerta!

Y bajándose para señalar el sitio, se pre-

senta á su vista un objeto blanco que coge con viveza, y era un pañuelo de batista marcado con las iniciales C. M. F. bordadas sobre una rama de tejo, y levantándose con energía echando fuego por los ojos, exhala un profundo suspiro, y esclama con voz exánime:

— ¡Y tambien Clary! ¡ambas á dos!...  
¡Las dos á un tiempo!...

Era tal la ira que brotaba de los ojos de Angus, y tan aterrador el aspecto de su semblante, que mistriss Gruff huyó temblando, y abandonando á su marido á merced de la Providencia, trató de evadirse cerrando tras de sí la puerta del cuarto. Angus se dirigió lentamente al huésped, le echó mano al pescuezo, y lo derribó al suelo como si fuera un chiquillo.

— ¡Perdon! ¡perdon! dijo este medio muerto de espanto.

Angus apretando los dientes pronunció en tres tiempos estas palabras:

— ¿Ellas.... están.... muertas?

— No, Vuestro Honor, no, os lo juro por mi vida, exclamó Gruff; han tomado opio.... esto es todo lo que hay.

El laird arrancó de su pecho un profundo suspiro, y le dijo:

— Escucha: si mientes, vas á morir á mis manos: ¿adónde las llevan?

— ¡Por el nombre de Dios, que no lo sé! respondió Gruff.

Angus lo llevó arrastrando hasta la ventana, bajó el bastidor, y Gruff le dijo:

— ¿Veis aquella góndola?

Bob se habia retrasado porque se quiso asegurar de si estaba ó no averiada su mercancía, y la lancha apenas estaba á cuarenta brazas de la ventana, y Gruff señalándosela con el dedo, añadió:

— Vuestro Honor, allí dentro de la barea están.

El laird se subió sobre el antepecho de la ventana, y se arrojó al Támesis.

## IV.

4<sup>o</sup> Un abordage.

**M**AESE Gruff se levantó pausadamente sacudiendo el polvo que cubria sus vestidos, tentó sus magullados miembros, y dijo:

— ¡Qué diantre! al fin ha sido hombre de bien: creí salir peor librado.

En seguida se echó de bruces sobre el antepecho de la ventana á ver si podia percibir entre la oscuridad lo que iba á suce-

der entre el laird y Bob-Lantern, y puesto así hablaba consigo mismo diciendo:

—A fe mia, que Bob pagaria muy caro un ladrido que lo pusiera en guardia, pero despues de lo ocurrido no quiero hacer veces de perro, y ya que la casualidad presenta una ocasion de que se puedan salvar las pobres niñas, no se la quiero quitar.... ¡Bravo, por Dios! ahora sale la luna, y vamos á ver la caza muy bien.

Un viento sudeste que barria las nubecillas blancas que cubrian el cielo, habia disipado la niebla, y la luna se mostraba por intervalos casi iguales, para ocultarse otra vez, y volver á aparecer pronto entre dos nubes. El Támesis silencioso, en el que reflejando los rayos de la luna formaban millones de relucientes lantejuelas, estendia su ancha superficie al pie de la posada del *Rey Jorge*, viéndose á lo largo de él confusamente escalonados en una y otra orilla mil barcos de todas clases, y la huella en el aire del espeso humo de un vapor que acababa de pasar. Bob estaba ya mas allá de las últimas embarcaciones ancladas en el espacio libre que ocupa la

corriente, y el laird por el contrario seguía aun nadando por entre la multitud de barcos amarrados. Era un nadador excelente, de forma, que cortando el agua con empujes regulares, iba ganando terreno con bastante rapidéz hácia la barca de Bob, que no teniendo ninguna desconfianza, bogaba despacio y sin apuro.

— Ya lo alcanzará á fe mia, decía Gruff; el agua y él se conocen de muy antiguo... Bien lo he visto yo.... ¡qué buen tiempo aquel!... nadar por espacio de una hora en el Solway junto á su caballo, que de puro fatigado estaba ya casi sin aliento.... ¡Ah! ¡qué buenas cosas va á ver maese Bob! con solo que el laird lleve algo que se parezca á un dirck, lo va á harponear como á un salmon; y digo que estará bien hecho.

— ¿Qué es lo que estará bien hecho, mentecato? dijo una voz áspera detrás de él.

— ¿Estais aqui, mi buena amiga?... tartamudeó Gruff desconcertado.

— Aquí estoy, señor Gruff.... ¡no tenéis un átomo de vergüenza!... Sois mas

cobarde que una liebre, ¡ya lo veo! Decir que una pobre muger, como yo, no ha de poder contar con su marido para que la defienda.... ¡Y me hubierais dejado matar por ese furioso, maese Gruff!

— ¡Oh mi buena amiga! volvió á repetir el huésped.

— ¡Callad! ó por mejor decir, respondedme.... ¿Ese viejo loco se ha echado al agua?

— Se ha echado al agua, sí, Baby.

— ¿Para ahogarse?

Maese Gruff titubeó en responder, y por último dijo:

— Puede ser que se haya ahogado, Baby.

Mistriss Gruff lo miró con desconfianza, y le hizo dar una vuelta sobre los talones tirando de él bruscamente, para colocarse en su sitio en la ventana.

— El laird tiene raros caprichos, murmuró, pero estoy por apostar á que antes de pensar en ahogarse le habria roto la cabeza á mi marido.... Tenia en aquel momento los ojos de un demonio, y lo mismo temo por mi vida estando en el rio,

que aquí.... ¿Y aquel pañuelo? ¿qué criatura tan inútil sois! ¿Y aquel pañuelo, digo? ¿Por qué dejasteis caer el pañuelo?

—El pañuelo, Baby, se saldría del bolsillo de la señorita pequeña.

—¡Ya arruinareis vos la casa! Si sois para mí una maldicion, y maldicion muy pesada.... no lo puedo dejar de decir.... si el laird no hubiera visto el pañuelo le habríamos.... es decir, le habria yo, porque vos y nada es una misma cosa.... le habria yo hecho creer cuanto se me antojara.... ¿Pues qué, no está durmiendo con los ojos abiertos todo el dia?

—Ya no tiene remedio, Baby.

—¡Callad!... Ese pañuelo nos pudo traer muy malas consecuencias, si el laird no hubiera tomado su partido como buen montañés acostumbrado á la calentura ardiente. Pero el Támesis, gracias á Dios, está por aquí abajo muy profundo.... ¡con dos mil diablos! ¡me habeis engañado! si veo salir un hombre de la sombra de aquella goleta.... confesad la verdad, señor Gruff, ¡ó desgraciado de vos! ¿Aquel hombre es el laird?

— Sí, dijo el huésped de muy mala gana.

— ¡Es el laird! exclamó la huéspeda poniéndose cárdena de miedo y furor; ¿y aquella barca que boga á veinte brazas de él es la de maese Bob?

— Sí, respondió tambien el mesonero.

— Y no le habeis avisado, ¡infeliz! siguió diciendo mistriss Gruff, crispando las manos como si lo quisiera arañar; ¡y os estais ahí como un poste!... ¡La señal inmediatamente, la señal!

Por la primera vez al cabo de tantos años tuvo maese Gruff deseos de resistir, y titubeó, y miró á su muger frunciendo las cejas, pero bajó al momento los ojos, porque la luz del farol amarillo, que caia perpendicular sobre el cárdeno rostro de aquella marimacho, daba tan terrible expresion de malignidad á sus facciones, que Gruff se escalofrió y dijo para sí:

— Mañana tendré veneno en la sopa, porque con el diablo no es posible batirse.

— ¡Vamos pronto! añadió imperiosamente la huéspeda.

Maese Gruff entonces sacó medio cuer-

po fuera de la ventana, apagó el farol, y poniéndose ambas manos á los dos lados de la boca, ladró.

— ¡Sea enhorabuena! dijo su muger con alegría; ¡abrázame, picaronazo! No hay en Lóndres dos perros que te ganen á ladrar.... Ahora ya está advertido maese Bob, y al viejo laird trabajo le mando.... Me atrevo á apostar que no vuelve nunca á pedirnos esplicaciones sobre lo que ha pasado esta noche.

Mistris Gruff calló, é hizo sitio en la ventana á su marido, porque la escena iba á ser interesante, y el hablador mas decidido detiene su lengua en el momento crítico de un drama.

Divisábanse ya perfectamente el laird y la góndola que iba persiguiendo, pues la luna brillaba con todo su esplendor, y la ventana de la posada del *Rey Jorge* era una especie de proscenio, desde donde sino se podia oír, se podia al menos ver cuanto pasaba. Angus Mac-Farlane seguia nadando con una energía arreglada, que probaba que no habian decaido sus fuerzas, y aunque no se dirigia directamente á la

barca, cortaba el río en línea recta para aprovechar la corriente en el momento decisivo. El ladrido de Gruff, que pasó por encima de su cabeza, no le llamó nada la atención, y siguió cortando la corriente, pero procurando moderar el vigor de sus empujes para poder caer sobre su presa sin ser sentido.

La barca de Bob parecía desierta, y derivaba lentamente, guardando siempre la orilla del canal mas próxima á la margen izquierda, porque Bob se habia recostado en el fondo de manera, que solo sobresalia un poco su cabeza por encima del borde. Como la travesía que tenia que hacer era corta no le importaba tanto hacerla pronto, como hacerla sin tropiezo, y habia calculado que una barca derivando casi insensiblemente por la parte del río, donde casi no tiene fuerza la corriente, tenia mil probabilidades contra una de no ser notada. Habia además acomodado lo mejor que pudo á las dos hermanas, y de cuando en cuando se procuraba asegurar de si estaban bien dormidas, porque nada se asemeja tanto al cuidado de un padre con sus hijos,

como el que tiene el traficante con sus mercancías.

En el momento en que oyó el ladrido se acababa de quitar la chaqueta para ponérsela á Ana debajo de la cabeza, y como este sonido era para él cosa muy conocida, le hizo el efecto de un sacudimiento eléctrico: por de pronto se quedó inmóvil, y despues levantó la cabeza por encima del borde, y dirigió una penetrante mirada en derredor suyo.

—¿Qué diablos quiere decir esto? ¿si no tendré ya la vista bastante segura para distinguir un bote de policía á la luz de la luna? dijo entre sí despues de haber mirado bien.... ¡Vamos! ese ha sido un perro verdadero, un alano que tiene la voz del bruto de Gruff.... ¡Vaya una habilidad que le debe hacer poca gracia á su mujer!

Aunque algo sosegado por el exámen que acababa de hacer, dirigió, sin embargo, su vista hácia la posada del *Rey Jorge*, por el hábito de escesiva precaucion que contraen todos los que se dedican á un oficio reprobado. El farol amarillo estaba

apagado, y la bronceada piel de Bob se puso amarilla, porque ya no era un alano el que habia ladrado, sino que se le advertia un peligro, tanto mas temible para él, cuanto que no sabia de qué especie era. Púsose entonces en pie y examinó con escrupulosidad todos los puntos al rededor de su barca, sin descubrir el menor objeto sospechoso.

—Condéneme Dios, murmuró con suma inquietud: los marinos cuentan de un cierto *volatin holandés*, que es un buque fantasma, que sin vérsese casco ni arboladura toma una fragata al abordage.... ¿Si habrá acaso al rededor de mí algun buque fantasma de policia? Lance muy pesado seria tener que empeñar un combate á estas horas.... pero no hay remedio, será preciso morir si veo en mis aguas aunque sea una cáscara de nuez.

Interrumpió aquí su soliloquio, y alargó la cabeza como queriendo aumentar la perspicacia de su vista, y logró distinguir un objeto movedizo y sombrío, como á quince brazas de su barca.

—¡Hola! ¡hola! dijo; ¿qué es lo que

tenemos allí?... Es un hombre, por vida mia, y arrogante nadador.... ¿Si vendrá en busca de mi cargamento por casualidad?

Entonces dejó el centro de la barca, y se deslizó suavemente hácia la parte de atrás, mas al pasar por junto á Clary, tropezó su brazo con el codo de la jóven, que dió un débil quejido. Bob profirió una blasfemia atróz, y dijo entre dientes:

—Esta es otra.... ¡me las han dormido mal!.... Si Templanza no estuviera borracha ocho horas de las doce que tiene el dia, yo la encargaria de esto, aunque no me gusta mucho mezclar en estos negocios á la pobre, que es muy buen bocado.... ¡Pero siempre está borracha!

Bob suspiró de sentimiento y de amor al pensar en este lamentable defecto que afeaba los cinco pies y seis pulgadas de su consorte, y se apoyó silenciosamente en los codos sobre la popa de la barca.

—Se ha puesto en movimiento; dijo mistriss Gruff desde la ventana de la posada del *Rey Jorge*, estoy segura de haberlo visto moverse dentro de la góndola...

¡ Ah! vamos á ser testigos de una cosa muy divertida.

Maese Gruff nada contestó, porque le habia inspirado sumo interés el desenlace de esta extraordinaria escena, y tenia tanta curiosidad como su muger.

Veamos ahora cuál era la posicion respectiva de los dos principales actores de este drama. El laird seguia nadando como á distancia de quince brazas de la barca, á la que se iba insensiblemente acercando á cada empuje que daba; no sabia que estaba descubierto, é ignoraba tambien los movimientos de Bob, porque brillando la luna encima del puente de Blackfriars, daba en la barca por la parte opuesta y dejaba oscuro el lado que podia él distinguir. La esperanza que tenia de sorprender á su enemigo, y su estremada habilidad para nadar, doblaban sus fuerzas, y se iba adelantando silenciosamente sin sacar la cabeza del agua mas que para respirar, y disponiéndose á saltar de improviso en la barca. Bob colocado de espaldas á la luz veia, por el contrario, la parte del Támesis en que nadaba el laird, y podia en

cierto modo calcular con exactitud el momento en que alcanzaria la barca, pero el agua que levantaba el pecho de Angus le impedía verle la cara. Ninguna duda le quedaba de que aquel hombre lo perseguia, pero no podia adivinar el motivo. ¿Con qué fin, decia entre sí, se dirigirá aquí con tanto abinco este nadador? Una traicion de parte de Gruff, ó de su muger, no era presumible, porque de la ventana de la posada habia salido la señal que le habia dado aviso; y por otra parte, aquel misterioso adversario no tenia trazas de dependiente de policia, porque estos en Lóndres no se sacrifican hasta el punto de seguir á nado un buque sospechoso en una noche de invierno.

¿Qué diablos será esto? se preguntaba Bob, y no pudiendo resolver satisfactoria, ni aun plausiblemente, esta cuestion, le ocurrió un momento la idea de agarrar los remos y darle caza á todo riesgo. Pero si aquel hombre era un enemigo, bastaba el sentido comun para conocer que al instante daria gritos, y lo descubriria, y entonces además del peligro de despertar la

atencion de la policia marítima, se esponia á otro que no era menos difícil evitar; porque Clary, que no habia tomado el narcótico sino en corta cantidad, empezaba á sentir el efecto vivificante del aire fresco. Ya se empezaba á agitar suavemente, y daba alguno que otro gemido precursor de que iba á despertar pronto, y cualquier movimiento violento, el menor ruido repentino, podia determinar una crisis. Bob, pues, se mantuvo quieto, fijos y abiertos sus ojos de lince sobre su enemigo, y decidido á tomar consejo de las circunstancias.

— Despues de todo, dijo para sí, no sea acaso algun ladron que, creyendo la barca abandonada, le quiera hacer una visita.... ¡El diablo lo trae al tunante!... ¡Lóndres está muy lleno de gente buena, pero ya parece que no hay bastante sitio en las calles para los rateros, pues hasta el Támesis vienen á parar!

En este momento lo separaban diez brazas á lo mas del laird, y este, imprudentemente, dió un empuge menos mesurado que los que diera antes, y levantó

completamente la cabeza sobre el agua, de modo que Bob lo pudo conocer.

— ¡Acércate, acércate! dijo entre dientes sin conmoción ninguna: ¿quién diablos habia de esperar esto?... ¡por vida mia, que mas bien hubiera apostado á que era un policío!... pero es igual: ¡es necesario dar de firme, porque éste es duro como una piedra, y si yerro el primer golpe, á Dios!... ¡atrapa mi mercancía!

Se tentó la ropa, echó mano al cuchillo sin sacarlo, y se fue á coger el palo de desatracar. Entonces pronunció Clary con voz débil, y sin abrir los ojos, estas palabras: — ¡Padre mio!

— ¡Presente! contestó Bob.... No parece sino que lo ha visto venir.... Paciencia, hija mia, que vamos á recibir á tu padre como conviene.

— ¡Ana! murmuró tambien Clary, y volvió á caer en su sueño.

Bob se colocó otra vez en su sitio, y el laird no estaba ya mas que á tres ó cuatro brazas, cuando al cabo de un minuto se pone Bob en pie de repente, describe el palo en el aire una rápida línea curva, y

desaparece el laird debajo del agua, sin volvérselo á ver mas.

— ¡Bien dado! exclamó mistriss Gruff en la ventana con entusiasmo.... ¿Habeis visto, maese Gruff? Bien seguro es que no sois capáz de dar un golpe como ese.

— Angus Mac-Farlane era un parroquiano, Baby; respondió el huésped con tristeza; yo deseo que Dios tenga piedad de su alma.

— ¿Y qué le hacen á Dios vuestros deseos, maese Gruff?... ¡Oh! el golpe ha sido magnífico.... y á tiempo.... ¡por vida mia!... hé aquí una nube que va á cubrir la luna.... si tarda un minuto mas, no vemos nada.

Bob volvió á poner tranquilamente el palo en su lugar, y se frotó las manos en silencio fijando la vista en el sitio en que habia desaparecido el laird, mas nada podia descubrir; el agua habia ocultado su presa.

— Asunto concluido, dijo entonces; mas me alegro de haberlo despachado con el palo, que no de una puñalada.... al fin he comido algun tiempo el pan de este viejo Angus, y bebido su cerveza; y muy buena

que era, á fe mia!... y siempre es una cosa triste tirar con el cuchillo á un camarada.

Al acabar Bob de formular esta sentencia, cuya moralidad nadie podrá sin duda contestar, oyó un leve ruido en la proa de la lancha, y se volvió á mirar sin gran cuidado, mas no duró mucho esta indiferencia. Un ronco estertor salió de su pecho, y se puso en pie sacando el cuchillo, porque acababa de distinguir una figura larga y negra que salia por la proa de la lancha, y como á cosa de un segundo se halló frente á frente con el laird. El palo de desatracar se le habia vuelto sin duda en la mano á Bob, y en vez de dar de corte dió solo con la pala en el agua, mas el laird esquivó el golpe, y se aprovechó, como buen buzo, del error de Bob, para intentar el abordage por la proa, nadando por debajo del agua. Bob tenia en la mano el cuchillo, y el laird estaba armado con un puñal escocés, y como ambos eran fuertes y robustos, las probabilidades estaban equilibradas. La luna se acababa de ocultar, como indicamos, debajo de una nube, y los dos adversarios permanecieron en guardia como

cosa de un segundo, observándose mutuamente, y sin que ninguno se atreviese á acometer á su contrario, hasta que al fin el laird con voz firme dijo á Bob:

— ¡Vete de aquí!... mi puñal es mas largo que tu cuchillo, y veo que mis hijas viven, porque oigo la respiracion de Clary... Vete, porque has tenido en tu mano matarlas y no lo has hecho, te perdono la vida.

Grandes ganas tuvo Bob de aprovecharse del permiso, porque la prudencia, ó mejor dicho, la cobardía natural que formaba gran parte de su carácter, fue vivamente incitada hácia este medio que le proporcionaba una inesperada clemencia, pero la cobardía desaparecia en él al aspecto de la codicia, que dominaba enteramente su asquerosa alma, y toda otra pasion, todo otro sentimiento se borraba en presencia de ella. Pensó, pues, que las dos hermanas representaban un capital de trescientas libras, y se resolvió á morir antes que perderlas, con la misma valentía que lo pudiera hacer un hombre de corazon.

— No sé nada de eso, dijo con ironía.

— ¡Vete de aquí, volvió á decir el laird con acento de terrible indignacion.

— ¡Escuchad! repuso Bob, todo se puede componer.

En el momento de pronunciar estas palabras que parecian anunciar una especie de capitulacion, se arrojó sobre el laird con la agilidad de un tigre, y le tiró una puñalada al corazon, pero Angus que estaba en guardia paró el golpe. Signióse á esto una lucha silenciosa y terrible, y al cabo de un minuto se tambaleó Bob herido en la garganta, y Angus lo echó al suelo, y le puso la rodilla sobre el pecho, mas al caer dió con la cabeza en la espalda de Clary, que se incorporó un poco medio despierta. El laird levantó el brazo para segundar el golpe á tiempo que la luna saliendo de la nube que la cubria iluminó su rostro, dejando envuelto en la sombra el de Bob, y Clary creyéndose en el término de un horrible sueño exclamó:—  
¡Padre mio!

Angus volvió la cara involuntariamente, y Bob aprovechando este movimiento se levantó de un brinco, y sin perder tiempo

en buscar el cuchillo que se le había escapado de la mano durante la lucha, asíó al laird por el pescuezo, y se lo apretó furiosamente. Clary entonces ocultó el rostro entre sus manos dando un grito de agonía; Angus resolló roncamente, y Bob sin soltarle el pescuezo sujeto entre sus dedos de acero, lo arrastró con violencia hácia el costado de la barca, haciéndole dar fuertes cabezadas contra él: en seguida lo apretó por los riñones sobre la borda, y levantándole las piernas, soltó de repente el pescuezo, y de este modo haciendo el cuerpo romana, cayó casi inerte en el Támesis.

—; Esta vez no volverá á salir! murmuró Bob con sorna, y cogiendo los remos para alejarse del lugar del combate:—Vamos ahora á las muchachas.

Ana dormía aun, y Clary, aunque habia despertado, estaba tendida al través de la barca sin conocimiento.

▼

*La plaza de Belgrave.*

**D**ETRAS de los aristocráticos jardines del palacio de Buckingham, y muy lejos de los populosos barrios donde hacina el comercio de Lóndres sus famélicos sirvientes, se encuentra una gran plaza regularmente trazada, cuyo parque interior no afecta esa forma redonda ú ovalada, que tan estrañamente contrasta en el resto de Lóndres con las manzanas de casas pa-

ralelas y tiradas á cordel. Los edificios que circundan esta hermosa alfombra de verdura son otros tantos palacios, donde por lo comun no se atreven á habitar sino los pares de Inglaterra, donde sientan sus reales los príncipes estrangeros que visitan á Lóndres, y donde últimamente ha tenido por habitante uno de estos soberbios edificios al descendiente de veinte reyes. A esta plaza llaman los ingleses **Belgrave-Square**.

**D. José María Tellez de Alarcon**, marqués de **Rio-Santo**, habitaba el mas grande de estos palacios, el mas brillante, el mas magnífico, el que se eleva al norte de la plaza, entre esta y la calle del mismo nombre, frente al paso que conduce á la calle de **Pembroke**. El lujo de aquella aristoerática habitacion habia llegado á ser proverbial; las mas suntuosas moradas del **West-End** le cedian la preferencia, y poco faltaba para que la nobleza inglesa, tan rica, tan orgullosa, tan apasionada por ese renombre que da en el Reino unido la exageracion de un lujo llevado hasta la demencia, no doblase la frente ante el ba-

bilónico fausto ostentado por un extranjero.

Rio-Santo, cuyo gusto artístico y caprichoso no se podía avenir con las vulgares ordenanzas de la arquitectura inglesa que solo conoce un plan para todo edificio, ya sea palacio, capilla, ó patio, habia trastornado todo el interior de su casa, viéndose en ella anchas escaleras de mármol como en Italia, y no esas mezquinas y barnizadas, cubiertas con un feo tapiz, que parece han ido á sacar prestado de los antiguos almacenes de la calle de Fleet. El adorno interior ostentaba el estilo opulento y armonioso que se admira en París ó Génova, y que parece desconocido entre nosotros, donde lo cómodo apagaria las inspiraciones de lo bello, aun cuando el protestantismo no estendiera sobre todas las cosas exteriores el ingrato y estúpido nivel de su hipocresia puritana.

¿Quién no se ha lamentado alguna vez desde lo íntimo del corazón, al ver esa innoble mole de carpintería que hizo construir en un dia de invierno un obispo coloradote y friolego en el centro mismo de la

nave real de la iglesia de Wesminster? Lóndres tenia allí una de esas joyas de incalculable valor, que son el orgullo de una nacion, y el inglés para quien es tan dulce la vanidad, podia erguir su cabeza, y llenarse de complacencia cuando penetraba su vista por aquellas anchas bóvedas que cubren tantas maravillas. ¡Oh! esto era verdaderamente bello, digno y espléndido, pero hacia allí mucho frio, y la iglesia, pequeña en otro tiempo para la multitud de católicos que á ella concurrían, la encontraron muy grande los cincuenta episcopales que van á ella dos veces á la semana á gauguear salmos en comunidad. Los antiguos vidrios de las ventanas dejaban penetrar por sus junturas el viento frio, y la humedad de las baldosas traspasaba las suelas de los chanclos de las ladys, y hasta la doble de corcho de los nobles devotos. Esto era odioso, y las tres cuartas partes de las vidrieras han sido reemplazadas con cristales pequeños cortados á escuadra, y en el centro de la nave se eleva una barraca de madera de castaño, que puede precaver del frio al ministro y á su

asmático rebaño, pero que destruye en cambio la armonía, y parece una blasfemia premeditada contra el arte.

¿Y no es esta la historia de aquel fátuo castellano, que poseedor indigno de la gloriosa espada del Cid, la recortó mas de un pie para acomodarla á su estatura? ¿Y no se encontraria en Lóndres para construir esta tienda de tablas un lugar mas á propósito que el ilustre Westminster, sepultura de tantos reyes? Pero era preciso que fuese así, porque lo exigian imperiosamente nuestra comodidad brutal, y nuestra religion dominante, pues el protestantismo aborrece todo lo suntuoso y noble, desprecia las tradiciones, desdeña la poesía, y solo se complace entre cuatro paredes pintadas, junto á una estufa encendida, y rodeada de asientos henchidos de cerda. Hemos citado la abadía de Westminster porque el sacrilegio artistico se ha cometido allí tan descaradamente, que no es necesario presentar otro ejemplo, pero á esta cita podríamos añadir otras mil, y tomar á Lóndres en masa para formarle un proceso de lesa poesía.

Ya se deja entender que Rio-Santo con su buen gusto, y su pasion por lo bello, no se podia conformar con la moda inglesa. Dice la historia que Alcibiades se transformaba continuamente, y tomaba en un dia las costumbres de los paises que recorria, mas esto no hace su elogio, porque vale mas seguramente imponer lo bello, que disfrazarse con lo feo por complacencia. En el piso bajo de la casa del marqués habia tres salones magníficos que daban á la plaza de Belgrave, divididos únicamente por puertas de dos hojas, y detrás de ellos una serie de lujosas habitaciones situadas sobre las cocinas y parte de las caballerizas, con vistas á la calle de Belgrave. En el primer piso estaban los cuartos particulares del marqués, de cuya magnífica elegancia se hablaba mucho, pero de que nadie podia dar noticias exactas, porque en Lóndres el ojo del visitador se detiene en las paredes de las piezas de recibimiento, como ante una muralla impenetrable, y solo los amigos mas íntimos pueden alguna que otra vez penetrar mas allá.

En este palacio de la plaza de Belgrave

era donde recibia Rio-Santo lo mas escogido de la sociedad inglesa en todos géneros; los altos funcionarios del estado no se desdeñaban de visitarlo, y nadie ignoraba sus continuas relaciones con los embajadores de las grandes potencias. No contribuia poco esto último á acreditar la opinion de que su permanencia en Lóndres tenia un objeto político, mas si efectivamente era así, es preciso confesar que estaba cuidadosamente oculto, y encubierto con habilidad. Porque Rio-Santo tenia su vida tan completamente ocupada en esas cosas de mundo, que unos llaman frívolas, y otros tienen por muy serias, que parecia imposible le quedara tiempo para trabajos de alguna gravedad; en una palabra, era tanto lo que brillaba en público, y tan constantemente, que no le podia quedar lugar para obrar detrás del telon.

El oficio de leon, ó rey de la moda, no es oficio de holgazanes, porque es preciso estar en el trono por mañana y tarde, y tener firme el cetro, no sea que lo coja en provecho propio una de las mil manos recién enguantadas que están aplaudiendo

debajo del pavés. La moda se asemeja á las dietas de Polonia, en que el mas pequeño noble tenia voto, y sable al lado para sostenerlo; y aquí todo caballero que sepa hacer un nudo bien hecho en la corbata, que conozca el *turf*, no ignore el *ring* (1), y pueda perder un millar de guineas en New-Market apostando por lady Walterloo, por el sultan Mahamud, ó por el Child-of-The-Foundered, tiene derecho al látigo soberano. Desgraciado del monarca reinante que no se afirma bien en los estribos; la moda es un caballo reacio que no necesita tres dias de verano, como nuestros amigos los franceses, para hacer una revolucion. Se pensaba, pues, que Rio-Santo podia tener una mision política, pero tambien se veia que la abandonaba mucho, y esto aumentaba en gran manera su importancia, porque ¿qué cosa hay en efecto mas de moda que tener graves ocupaciones, y no hacer caso de ellas?

Serian como las ocho de la noche, y

---

(1) Véase el cap. 25 de la primera parte, pag. 133 del tercer tomo.

aun no se veía luz ninguna en los tres salones de Irish-House, que era el nombre que sin saberse por qué le había dado Rio-Santo á su palacio, y estaba cerrada la puerta principal, en que había ordinariamente dos criados con grandes libreas, de consiguiente el señor no estaba en casa. En una de las piezas interiores, alumbrada por una lámpara con globo de cristal deslustrado, se hallaba sentado, ó mas bien recostado, un jóven sobre una otomana forrada de terciopelo azul, entretenido con las largas lanas de un hermoso perro de casta, y en medio de ella estaba en pie el ciego Tyrrel. El jóven dirigiéndose de repente á éste, le dijo:

—¿Qué os parece Lovely, sir Edmundo? (Lovely era el nombre del perro).

—La pregunta me parece impertinente, señor Angelo Bembo, contestó el ciego: ¿no sabéis mi enfermedad?

—Es verdad, sir Edmundo, teneis razon, repuso Bembo, cuyo bello y alegre semblante manifestó cierto aire de burla: vuestra enfermedad es bien conocida. Y á fe que es la pluma mas hermosa de vues-

tras alas, y estoy seguro que no la cambiariais por mil libras esterlinas.

— ¡Sí por cierto! dijo secamente Tyrrel.

— ¿De veras? En ese caso os quedaria el recurso de haceros sordo.... eso puede ser útil.... ¡Abajo, Lovely!... Al diablo, si esa muchacha que habeis desenterrado no sé de dónde, no es la criatura mas linda que pueda darse, sir Edmundo.

— ¡Os gusta mucho, segun eso!

— ¡Sí, por Dios! sir Edmundo... pero no frunzais las cejas... no tengo, respecto á ella, ninguna pretension! ni la tendria aunque fuese todavía mas bella.... ¡y esto es difícil!... Desde el momento que supe tenia alguna relacion con vosotros, es para mí como si tuviera ochenta años.... Yo os estimo mucho á todos, creedme, pero no os quiero.

— Eso es una desgracia para nosotros, caballero.

Angelo Bembo se inclinó, y continuó diciendo:

— No os quiero, y á no ser por D. José, por quien daria mil vidas que tuviera, ya

bubiera enviado, hace mucho tiempo, vuestra asociacion á todos los diablos.

—Seria muy grande pérdida para nosotros, dijo Tyrrel con frialdad.

—Grande ó ebica, así sucederia... Hay entre vosotros una docena de figuras que me atacan los nervios.... la vuestra la primera, sir Edmundo. No os incomodeis por eso, os lo suplico.... Luego la de ese doctor Moore, que á fe mia parece un vampiro.... Despues la de ese frio fanfaron, el mayor Broughan.... ; un verdadero inglés por cierto!... y en fin, para no hacer mas larga la lista, la del pretendido doctor Muller.... ; *Tout che futrais foir le tiplome tarteifle!*

—No hay mas que preguntárselo, caballero: dicen que á veinte pasos corta la bula de una pistola disparada contra el filo de una navaja de afeitar.

—Es cierto.... Volviendo á lo que hablábamos, tal vez no valga yo mas que vosotros, y es cosa terrible decirlo.... pero yo al menos paso el tiempo distrayéndome, y despues aun no soy hombre hecho, y....

—Aunque yo pensara eso, no lo

diria, caballero, le interrumpió Tyrrel.

—Vengaos, sir Edmundo, os he dado motivo para ello.... y continuando mi pensamiento, digo, que yo soy un pobre esclavo, pues me he entregado sin reserva.

—Me habian dicho que vendido, señor. Angelo se levantó precipitadamente, dándole con el pie á Lovely que le estorbaba, y exclamó:

—¡Entregado, señor, entregado! Yo soy caballero, lo entendeis, y si he sujetado mi voluntad al servicio de otra mas elevada y mas fuerte, no lo he hecho por dinero.

—La voz pública puede engañarse, señor, dijo Tyrrel con vengativa ironía.

—¿La voz pública, decis?... Piensa el ladrón que todos son de su condicion... ¡Ah! señores, me creéis semejante á vosotros, y no veis en D. José á mi amigo, á mi señor! lo confieso con orgullo; vosotros no veis en él mas que el lado que os muestra como viles instrumentos de sus designios.... si supierais....

—¿Qué? preguntó Tyrrel acercándose á él con suma curiosidad.

Angelo se mordió los labios hasta hacerse sangre, y repuso sonrojado:

— ¡Abajo, Lovely!... ¡Qué diablo, maese Tyrrel, ó sir Edmundo; no me miréis así, nada vereis, pues que sois ciego!... ¿Qué quereis? sino me hubierais interrumpido, de lo que os doy muchas gracias, iba á decir alguna necesidad.

— ¿Con qué el marqués tiene designios que no conocemos nosotros? dijo el ciego con sorda voz.

— ¿He dicho yo eso?... Es muy posible.... mas lo que hay de cierto es, que esos designios me son tan desconocidos como á vosotros.... D. José me ama, pero no soy su confidente, y le doy gracias á Dios, porque tengo la lengua ligera.... Todo lo que sé es, que su corazon es grande, su inteligencia fuerte y su voluntad indomable.... La reunion de estas tres cosas se llama genio, sir Edmundo, y con genio no se limita uno á pescar en agua dulce, como vosotros; aunque es preciso confesar que á veces cogéis muy buenos peces.... ¿Me quereis decir cómo se llama esa hermosa muchacha?

— Susana, señor.

— ¿Y qué pensais hacer con ella?

— Todavía está en pleito.

El ciego se puso á pasear por el cuarto, y muy pronto pareció embebido en sus reflexiones. Angelo lo seguia con vista melancólica é inquieta, diciendo entre sí: — ¡Qué necesidad tenia yo de hablar con este hombre! ¡si digo una palabra mas, descubro un secreto que no es mio, que no me han confiado, sino que adiviné por casualidad, y que mi pobre cerebro es demasiado estrecho para contenerlo!... Tal vez habré dicho demasiado.

Angelo podia tener unos veintidos años, y era uno de esos hermosos jóvenes con perfil griego, que los pintores de Italia iban á buscar en otro tiempo á las islas del Mediterráneo, para colocarlos en sus cuadros con nombres de dioses ó héroes mitológicos. Sus grandes ojos negros, penetrantes y dulces á la vez, mostraban una viva inteligencia y anunciaban un valor temerario; mas el conjunto de sus facciones, por muy perfecto que fuese en su armonía, dejaba traslucir una es-

pecie de irritabilidad femenina, al par que una caprichosa debilidad mezclada con la indiferencia de un niño. Angelo debia ser en el baile un galan caballero, y en el palenque un fogoso adversario, pero donde hubiera que mostrar fuerza de alma y energía varonil, perdía todas sus ventajas.

Era natural de Malta, donde sus padres, de origen veneciano, habian tenido en otro tiempo una posicion respetable, pero la conquista inglesa habia arruinado su familia que empezó á decaer cuando el general Bonaparte pasó por allí al emprender su expedicion á Egipto. Los Bembo se vieron precisados á abandonar á Malta por las vejaciones que contra ellos egercieron los agentes de la colonizacion inglesa, y Angelo, privado de sus padres casi al salir de la infancia, se encontró solo en el mundo sin fortuna y sin apoyo. Empezó atrevidamente un viage por Europa, como hacen esas bandadas de italianos que, sofocados con la opresion de la tiranía estrangera, huyen de su patria donde no ven mas que al Austria, y adoptan con los ojos cerrados la incierta exis-

tencia del aventurero. Tanto en París como en Lóndres tenia Rio-Santo innumerables y misteriosas relaciones, cuyas diversas ramas se estendian mas allá de las fronteras de Francia; pero seria prematuro dar al lector la clave de estas gigantes cas maniobras, combinadas despues de tanto tiempo, y conservando siempre la armonía y actividad del primer ensayo. Demasiados acontecimientos estraños nos separan de las peripecias finales para que nos sea permitida ninguna indiscrecion, por pequeña que fuera.

El jóven italiano fue presentado á Rio-Santo, á quien interesó mucho así que supo las persecuciones que habia sufrido su familia por parte de Inglaterra, y desde entonces se quedó con él, y lo siguió cuando vino á Lóndres. Aquí se separaron en la apariencia, y Angelo recobró para la vista del mundo su calidad de caballero italiano, y su posicion independiente: mas su papel fue engrosar el número de los admiradores desinteresados de Rio-Santo, y aumentar así su prestigio, y ya lo vimos desempeñar estas funciones en el baile del

palacio de Trevor. Entretanto conservó siempre su entrada particular en el palacio de la plaza de Belgrave, pues Rio-Santo lo amaba verdaderamente, y Angelo le correspondia con un afecto ilimitado.

Tyrrel seguia paseándose, y Angelo, recobrada ya su serenidad, se sonreia á veces, tal vez con algun pensamiento de amor, y jugaba distraidamente con las largas lanas de Lovely. De repente se puso el perro en pie, dió un ladrido de alegría, y saltó hácia una de las puertas de la pieza, que se abrió y entró por ella Rio-Santo seguido del doctor Moore. Venia pálido, y parecia muy cansado y con grandes ojeras.

— ¡Basta, Lovely, basta! dijo rechazando al perro, que poco acostumbrado á tan indiferente tratamiento, se refugió debajo de la otomana. — Buenas noches, Angelo: y apretándole la mano, se lo acercó, y añadió en voz baja: — Id á recoger el dinero que hay en mi coche; encontrareis diez mil libras esterlinas.... vienen de la casa de Cornhill....

Angelo le saludó, y se fue.

— ¿Qué hay, sir Edmundo? preguntó en

seguida el marqués: doctor, tened la bondad de dispensarme; tomad asiento, que al momento soy con vos.

—Vengo á saber, dijo el ciego, si ha tenido algun resultado mi pretension.

—Sois un hombre hábil, sir Edmundo, contestó friamente Rio-Santo. Todo ha salido bien, y habeis ganado hoy cien guineas, que tiene mi cajero á vuestra disposicion.

—¡Milord! dijo el ciego inclinándose.

—¿Hay algo mas? le interrumpió el marqués.

—Si señor, tenia que hablaros de la jóven judía Susana.

—¡Susana! volvió á interrumpirle el marqués, pero con dulzura, y como si este nombre hubiese sonado agradablemente en su oido.

El ciego no pudo contener una sonrisa, que ocultó muy pronto, como si hubiera adivinado la mirada del marqués.

—Hablad; prosiguió éste dejándose caer fatigado sobre la otomana.

Tyrrel continuó en pie, y dijo:

—Esa jóven es muy linda, como ha-

breis podido observar, milord, y muy á propósito para desempeñar cualquier papel; pero está enamorada y temo....

—¿De quién está enamorada? interrumpió el marqués con viveza.

—De ese loco de Brian de Lancaster, contestó el ciego.

—¡De Brian! Ese es uno de nuestros instrumentos, dijo el marqués en tono tan bajo que no lo pudo oír Tyrrel, á pesar de su gran curiosidad; y entre los defectos que los lores dejan en herencia á sus hijos, ha conservado al menos un corazón noble.... Me alegro que ame á Brian de Lancaster, sir Edmundo.

—¡De veras, milord! repuso Tyrrel. Entonces puedo estar satisfecho de mí mismo: pero es una muchacha tan rara....

—¡Es una muchacha admirable! replicó el marqués con alguna melancolía.

—Muy apreciable seguramente, puesto que V. S. lo juzga así; pero no se parece á las demás mugeres; el temor no tiene en ella ningun influjo, y recelo que alguna indiscrecion....

—¿Lo ama ella mucho, sir Edmundo?

—Frenética y apasionadamente, mi lord.... y hasta me atreveria á decir con un amor sublime, sino detestára las grandes frases, que han hecho ya ridículas los poetas.

—Severo sois, sir Edmundo.... ¡y ese Brian qué feliz es!

El ciego reprimió otra sonrisa, y Rio-Santo, despues de unos instantes de silencio, prosiguió:

—Se acerca el momento, sir Edmundo, de que reciban su recompensa todos los que me han servido, y esta escederá sus esperanzas, y los pondrá á cubierto de todo evento.... Tened mucho cuidado con Susana, porque una indiscrecion pudiera, sino perderlo todo, dificultar al menos el éxito; pero no la separeis de Brian.... Esa jóven ha logrado interesarme, sir Edmundo, no lo olvideis, y obrad en consecuencia.

El ciego lo saludó respetuosamente y se fue, dejándolo mano á mano con el doctor Moore.

VI.

## Diplomacia.

**E**L marqués permaneció un instante pensativo despues de la salida del ciego; su bello semblante, pálido de cansancio, tenia una espresion llena de ternura, y pronunció dos ó tres veces el nombre de Susana, como si este nombre hubiese hecho vibrar dentro de su pecho alguna cuerda agradable, hasta que por último dijo en voz muy baja:

—Tiene unos ojos tan nobles.... una

frente tan digna.... y una hermosura tan completa, tan arrogante, tan fuerte.... Quisiera hacerla dichosa en memoria de mi felicidad pasada.

Llamó en seguida con una seña al doctor Moore, que durante la conversacion con Tyrrel se habia mantenido á alguna distancia, el cual se acercó, quedándose en pie delante de la otomana.

—¿Cómo la habeis encontrado? preguntó Rio-Santo con interés.

—¡Mal, milord, muy mal! contestó Moore meneando gravemente la cabeza. El origen enteramente moral de su padecer hace la cura difícil, por no decir imposible.... Yo no encuentro para ello mas que un solo remedio....

—¿Cuál?

—La felicidad.

Rio-Santo hizo un gesto de impaciencia, y una nube de tristeza pasó por su frente.

—¿No creéis que yo podría acaso hacerla feliz? murmuró.

—Esa no es la cuestion, milord, si me es permitido decíroslo. Vos sabeis mejor

que nadie el estado de turbacion moral en que vive miss Mary Trevor hace mucho tiempo.... Ahora nadie puede adivinar lo que oculta el porvenir, pero en este momento ama al jóven Frank Perceval, y lo ama apasionadamente, milord.... La violencia que se ha hecho á su débil naturaleza, la ha podido alucinar, y ocultarle el estado de su corazon, pero por una reaccion filosóficamente esplicable....

—Al hecho, señor, os lo suplico; dijo con impaciencia Rio-Santo.

—Por una reaccion muy natural, su corazon se irrita, y Frank es quien recoge en resumidas cuentas el fruto de tanto padecer.

—¿Lo creéis así realmente?

—Estoy íntimamente convencido de ello, milord. Despues de lo que ha pasado hoy, vuestro casamiento con miss Mary Trevor es una cosa precisa, indispensable... pero en este momento en que os hablo, miss Mary piensa en Frank; miss Mary agitada por emociones, que no puede soportar su débil constitucion; miss Mary moribunda....

— ¡Moribunda, doctor! exclamó Rio-Santo poniéndose pálido.

— Moribunda, milord... acaso me adelantó algo, porque tal vez podrá vivir así algunos meses.

— ¡Qué fatalidad! dijo Rio-Santo con sentimiento y despecho; ¡por qué se habrá encontrado conmigo en mi camino esa pobre niña!

— Miss Mary, decía yo, prosiguió el médico con rostro tranquilo y sereno, vive pensando en Perceval, y este amor la sostiene, pero la mata... ¡Ah, milord! es un caso curioso y difícil, y de sumo interés.

Rio-Santo ya no lo oía, y había contraído su fisonomía una muda y amarga angustia.

— ¡Es preciso! dijo al fin; ¡este matrimonio es una necesidad!

— Indudablemente, milord, indudablemente... mas ya están agotados todos los medios que pone á nuestra disposición el estado actual de la ciencia médica... El mal de miss Mary es, al parecer, una afección nerviosa, que corre rápidamente

hacia sus mas altos grados: yo la he tratado como tal, pero el éxito no ha coronado mis deseos.... Esto debia ser así.... porque no es enfermedad que se combate con calmantes.

—Pero, en fin, señor, ¿no hay esperanza?

—Permitidme, milord: si teneis la paciencia de escucharme hasta lo último, contestaré implícitamente á esa pregunta.... Y antes que todo os diré, que ayer ensayé un remedio, que podia ser soberano.

—¿Qué remedio?

—Quise envenenar al honorable Frank Perceval, respondió el doctor con increíble sangre fria.

Rio-Santo dió un brinco en la otomana, su rostro pálido se puso como la grana, y empezó á decir con la mayor violencia:

—Ayer quisisteis....

—Envenenar á Frank Perceval, milord; acabó el médico sin alterarse.

Los ojos de Rio-Santo, que se habia puesto en pie, lanzaron fuego de indignacion, y despues se fijaron graves y severos

en el rostro del doctor. Este sostuvo un instante con valor la mirada, pero en la superioridad del marqués habia algo fascinador é irresistible, y al fin frunció las cejas, tartamudeó, y bajó sus altaneros ojos.

—Yo os hice, señor doctor, un encargo de confianza, dijo Rio-Santo con tono de superior; os encomendé que asistierais á Frank Perceval, á quien sabeis le habia conservado voluntariamente la vida.... En lugar de prestarle auxilios, lo habeis querido envenenar, sin hacer cuenta con que semejante accion, además de su inescusable infamia, podria hacer recaer sobre mí sospechas muy odiosas.... Ese ha sido un paso muy atrevido, y de que podria hacer os arrepentir.

—Sabia que era vuestro rival, milord, y queria....

—Los que me sirven no tienen voluntad propia, señor.

—¡Ah, milord! dijo el médico haciendo un gesto de impaciencia; bien sabemos que sois poderoso, pero las necesidades de la asociacion exigen imperiosamente este

casamiento, y yo soy *Caballero de la noche*, lo mismo que V. S.

— ¡Lo mismo que yo! repitió el marqués con el mayor desden.

— Perdonad, milord... lo mismo que vos.

El doctor se puso segunda vez erguido, y reunió toda su sangre fría para mirar á *Rio-Santo*, pero encontró los ojos de este tan fijos en él, y tan altamente amenazadores, que perdió de nuevo su serenidad, y esforzándose por dar á su voz una súbita espresion de humildad, continuó así:

— Bien sabeis, milord, que nosotros hemos puesto en vos una confianza ilimitada: nuestros reglamentos no os ligan: tenéis derechos, y no deberes. No permita Dios que yo tenga la pretension de llamarme vuestro igual, pero veo que se os escapa este matrimonio.... y en *Lóndres* no conozco otros pares sin herederos varones, y que tengan una hija única.

El marqués nada contestó de pronto, sino que dió dos ó tres vueltas por la pieza en que estaban, y parándose otra vez delante de *Moore*, le dijo:

— Si hubieseis llegado á envenenar á

Perceval, os juro por mi honor que os hacia ahorcar.

El doctor se conmovió tan visiblemente, que cualquiera al verlo se hubiera convencido de que la amenaza no era una vana fanfarronada. Rio-Santo se volvió á dejar caer en la otomana, y añadió:

—Mas no lo habeis conseguido, y os perdono.

En este momento dió el reloj las diez, y el marqués continuó diciendo:

—Ya no me quedan mas que cinco minutos que concederos, y aun no habeis contestado á mi pregunta.

Moore se quedó un momento indeciso, porque tambien en su esfera era hombre altanero y fuerte, y este papel de subordinacion pasiva, que se le imponia sin ningun miramiento, irritaba su orgullo, aunque es de suponer que se veia retenido por un lazo fuerte y poderoso, pues se inclinó respetuosamente, y contestó:

—Un recurso nos queda, milord: es precario, soy franco, y quién sabe por otra parte si escitará alguna de las repugnancias generosas, que en ocasiones nos admi-

ran, pero que segun parece no tenemos derecho á combatir.

— ¡Explicaos, y despachad! dijo Rio-Santo.

— Toda enfermedad tiene su antídoto, milord: la naturaleza es completa, solo la ciencia es limitada é insuficiente.... Es preciso hacer experimentos, y experimentar en miss Trevor....

— ¡Guardaos bien de ello! exclamó con viveza el marqués.

— Me alegro mucho que hayais adivinado mi pensamiento, milord: resta pues que hagamos la experiencia en otra persona. Pero para ilustrar mi ignorancia no sirve un cadáver cortado á pedazos; necesito interrogar á la vida, y para ello es preciso que provoque yo artificialmente en una jóven de la edad de miss Mary, fenómenos semejantes á los que constituyen los síntomas de su mal....

— ¡Pero eso es horrible, doctor! dijo el marqués con disgusto.

— Sí, milord.... y es preciso que evocados esos síntomas, los combata yo tanteando.... á ciegas.

— ¡Pero eso puede ser tambien un asesinato!

— Sí, milord, hay dos probabilidades contra una de que perecerá la jóven con quien se haga.

— ¡En horribles tormentos! ¡despues de un largo martirio! ¿no es así?

— Sí, milord.

— ¿Y no podeis encontrar otro medio ninguno? dijo el marqués con agitacion.

— Si V. S. lo desea, trataré de eso; pero el tiempo urge, y cada hora que pasa agrava el estado de miss Trevor.

Rio-Santo se pasó la mano por la frente, por donde le corrian grandes gotas de sudor, y Moore añadió:

— V. S. no tenia mas que cinco minutos que darme, y ya van trascurridos.

— ¡Salvad á Mary! exclamó el marqués con una voz apenas inteligible, y viendo que el doctor se dirigia á la puerta, añadió:

— ¡Escuchad! ¿haceis eso por el dinero, señor?

— Estamos en Lóndres, milord, contestó Moore medio sonriéndose, y yo soy inglés: la pregunta es inútil.

Esta amarga sátira de todo un pueblo, encendió en los ojos de Rio-Santo una de las miradas de indignacion, que daban á su rostro el poder y la magestad de Júpiter tonante, y dijo á media voz:

— ¡Ciudad de fango! ¡nacion infame!...

Pues bien, señor, si quereis ganar.... y ganar mucho... ganar una fortuna, salvad á Mary, sin hacer el experimento de la jóven.

El doctor miró á Rio-Santo como si nunca lo hubiera visto hasta entonces, y contestó:—Haré lo posible, milord: mas al pasar el umbral de la puerta dijo entre sí:

— ¿Es posible que en un mismo corazon tengan parte Dios y el diablo? Este hombre ha hecho mas mal que nosotros.... y yo he visto humedecerse sus ojos con solo la idea de los padecimientos de una jóven á quien no conoce!

Rio-Santo tiró del cordon de la campanilla, y entró un criado, abriendo una mampara que estaba enfrente de la puerta por donde habia salido el médico.

— ¿Hay alguien esperando, Toby? preguntó el marqués.

— Un caballero embozado en su capa,

milord.... que ha entrado solo por la puerta de detrás.

—Haced que entre ese caballero.

La mampara se abrió de golpe, y entró un hombre de grande estatura, con la cara casi tapada con las pieles del cuello de una ancha capa, con paso firme y pausado, y haciendo sonar en la alfombra las espuelas de sus botas admirablemente charoladas.

—¿Cómo va de salud, Vuestra Gracia? le preguntó Rio-Santo haciéndole un saludo de cortesía.

—Bien, milord, bien, contestó el recién venido, que al desembozarse descubrió una cara huesosa, con los juanetes mas prominentes de lo regular, quijadas de caballo, frente aplastada, y cubierta hasta las cejas con un bosque de pelo.

En el conjunto de este hombre habia algo de caballo, y no poco; sus largos dientes parecian deseosos de avena, y en sus anchas espaldas habia sitio para descargar cien palos. Su Gracia era un tártaro: un príncipe tártaro, Dimitri Nicolaewitsch, príncipe Tolstoy, embajador del Czar Nicolás, cerca de S. M. B. Guillermo IV.

Al saberse que era un príncipe, daban tentaciones ciertamente de encontrar nobleza en su despejo, que se parecía algo á brutalidad; y cuando se le oía llamar milord embajador, se figuraba cualquiera que iba á descubrir finura, ingenio, diplomacia, en el guiñar de sus ojos pardos, que estaban los picaruelos en observacion detrás de dos promontorios de cejas.

Dejando chanzas aparte, el príncipe Dimitri Tolstoy era ciertamente un hombre de mérito, que habia sabido tomar en Londres una posicion de primer orden, y tenia, por decirlo así, la presidencia del cuerpo diplomático. Dejóse caer en la otomana al lado de Rio-Santo, y le dijo:

—Marqués, todo esto se va alargando mucho, y el emperador, mi amo, se impacienta.

—Eso es muy sensible, milord; contestó Rio-Santo con mucha dulzura.

El príncipe reprimió un gesto de impaciencia, y repuso:

—Parece que tomáis muy filosóficamente el descontento del Czar.

—Es cosa muy sensible, milord, repi-

tió Rio-Santo. Yo no puedo decir otra cosa; y así acostumbro caracterizar todos los acontecimientos desgraciados, que no está en mi mano evitar.

—¡Enhorabuena, marqués, enhorabuena! Con que eso quiere decir que es una noticia desastrosa, un golpe cruel....

—Eso quiere decir, milord, que es una cosa sensible, y nada mas.

El ruso frunció las cejas, y exclamó:

—¡Por san Nicolás, señor, que habláis muy satisfecho!... ¡No parece sino que esta es una de las contrariedades que pueden suceder todos los días!.. Cuando S. M. imperial se enoja con uno de sus agentes, señor, es preciso que este agente tiemble y se humille....

—Yo no sé temblar, milord, le interrumpió Rio-Santo; y tengo demasiado orgullo para poderme humillar jamás. Pero permitidme que rectifique una espresion, que sin duda se os ha escapado: me habeis colocado en el número de los agentes de S. M. imperial....

—Pues hacedme el favor de decirme qué sois, milord.

—Príncipe, quizás sería menester referir una larga historia para contestar á esa pregunta, y ni tengo tiempo para hacerlo, ni vos lo teneis para oirla, y por lo tanto me limitaré únicamente á deciros lo que no soy: Yo no soy agente de vuestro amo, milord.

El ruso dió una fuerte patada en la alfombra, y sin disimular ya su cólera, replicó:

—Por Dios, señor, que esta es una audacia inaudita, y que yo no podia esperar. Despues de haberos entregado sumas enormes....

—Lo que agradezco á Vuestra Gracia sinceramente, y con el mas profundo reconocimiento, porque han servido poderosamente para mis proyectos.

—Despues de haberme entretenido con falsas promesas....

—¡No proferais una sola palabra mas, milord! dijo Rio-Santo con tono resuelto, y con una mirada soberana, á cuyo aspecto se desvaneció como por encanto la orgullosa cólera del tártaro.

—Disimulad, milord, que haya inter-

rumpido á Vuestra Gracia : siguió diciendo al instante Rio-Santo en su tono ordinario: ibais á pronunciar palabras que merecerian un castigo positivo, y necesito no perder la cooperacion de S. M. imperial.... Os suplico que querais comprenderme, y no romper por motivos frívolos un pacto que nos es mútuamente ventajoso.

— ¡A las mil maravillas! murmuró Tolstoy; vamos á tratar de potencia á potencia, segun parece, vos por Vuestra Señoría, y yo por el emperador mi amo.... esto es muy gracioso....

— A lo menos es muy cierto, milord; replicó tranquilamente Rio-Santo.

El ruso amagó otro nuevo ataque á la alfombra con la bota y la espuela, porque no se podia contener, mas el marqués continuó:

— Y tanto mas cierto, cuanto que vuestras instrucciones contienen un párrafo, que me concierne especialmente.

— ¡Cómo sabeis!...

— Permitidme.... esas cantidades que tanto cacareais, no completan juntas la

suma que S. M. imperial os ha encargado pongais en mi poder.

— ¿Qué es lo que decis, milord?

— Que me debeis mas de trescientos mil rublos.

El príncipe abrió la boca y miró á Rio-Santo con ojos espantados, y éste continuó diciendo:

— De trescientos á trescientos cincuenta mil, príncipe; tengo en mi caja las notas.... y estoy seguro de que Vuestra Gracia me hará el honor de no desmentirme.

— No, señor, no.... ¡bajo mi palabra! dijo Tolstoy con agitacion: S. M. me habia en efecto encargado.... ¡Esto es increíble!... Estad seguro de que mi intencion... Mas por el nombre del emperador, ¿teneis por ventura algun embajador en San Petersburgo?

Rio-Santo se inclinó graciosamente en señal de afirmacion, y dijo:

— Ya veis, milord, que tratamos de potencia á potencia: Vuestra Gracia conmigo, y mi enviado con vuestro amo.

— En todo esto hay algo de brugería,

murmuró el tártaro.... y añadió con cierta cortesanía: En ese caso, señor marqués, soy yo quien debo disculparme.... Sabia que el Czar apreciaba vuestro gran mérito, pero ignoraba....

—Dejemos eso, milord.

—Y en cuanto á los trescientos mil rublos....

—Dejemos eso tambien.... Yo deseo que Vuestra Gracia sepa, á fin de que de una vez se convenza de mi posicion, que el oro de Rusia no forma mas que una pequeña parte de mis recursos.... Y si para el servicio de vuestro amo necesitais, milord, alguna anticipacion.... dos ó tres millones de francos.... el doble.... ó mas si quereis, os ruego os valgais de mí, pues estoy dispuesto á serviros.

Rio-Santo dijo esto con tanta naturalidad, y tan formalmente, que no dejaba duda de la sinceridad de sus palabras. El príncipe aturdido con este ofrecimiento verdaderamente real, dejó la estraña postura que habia tomado sobre la otomana, y sacó los pies hácia afuera para ocultar las espuelas.

## VII.

*Política.*

**E**L príncipe Dimitri Tolstoy, embajador de Rusia, guardó, durante algunos segundos, un silencio embarazoso, mirando á Rio-Santo á hurtadillas, como si quisiera adivinar de un golpe el secreto de aquel hombre que, dejando ver solo una parte del misterio que lo rodeaba, se acababa de mostrar bajo un aspecto tan nuevo.

— ¿Podré hacer á V. S. una pregunta? le dijo por último.

—Vuestra Gracia, contestó Rio-Santo sonriéndose, acostumbra interrogarme sin saber si gusto de ello.... con que haced lo que queráis, milord.

Tolstoy se avergonzó, y sus pequeños ojos pardos se bajaron al mismo tiempo que la línea de sus pobladas cejas, y replicó:

—Esa es una injuria, y no sé, en verdad, si debo permitir....

—Como gustéis, milord.

El principe dudó un momento, y como si esta cuestion hubiese hecho levantar la carne de sus abultados labios, dijo:

—Señor marqués, ¿conoceis particularmente al emperador?

—Sí, milord.

—¡Ah! repuso Tolstoy tomando un nuevo aire de reserva cortesana.

—Nicolás Paulowitsch me hizo el honor de oír de mi boca ciertos planes, cuando solo eran en mi cabeza vagos proyectos.... Me recibia por la noche, despues de la corte, y muchas veces ponian término á nuestras conferencias los primeros albores del dia.

— ¿De veras, señor marqués? dijo el príncipe, encogiéndose en la otomana.

— Sí por cierto, y con mucha frecuencia, prosiguió Rio-Santo, que parecia poseido de algun recuerdo. Una vez, despues de una larga conversacion, en que mostré todo el entusiasmo de mi ardiente religion política, S. M. mismo se dignó colocar en mi pecho esta cruz que aquí veis.

Y le enseñaba la cruz de comendador de san Jorge de Rusia, que brillaba entre la del Aguila negra de Prusia, y la de María Teresa de Austria. El príncipe se levantó, y enderezó su grande estatura con todo el rigor de la etiqueta.

— El emperador, continuó Rio-Santo, se acuerda de mí, milord, y yo tambien le conservo un lugar respetuoso en mi memoria. Mi fe política difiere de la suya tanto como el dia de la noche, pero nos une una pasion comun y nos anima un mismo odio, á mí simple particular, y á él poderoso monarca.... ¡Ah! ¡sea cual fuere el daño que ha hecho al mundo y á la libertad vuestro emperador, tiene un alma grande, y una voluntad regia!

El marqués calló, y parecía que su pensamiento se trasladaba á tiempos ya muy lejanos: Tolstoy en pie y callado, permanecía inmóvil, como todo ruso bien educado en presencia de un superior: veía en Rio-Santo proporciones fantásticas, y le parecía que aquella mano que habia estrechado la de Nicolás, despedía una luz sobrenatural.

—Perdonadme, milord, dijo de repente el marqués, como desechando una ilusión. En verdad que nos hemos separado mucho del objeto de vuestra visita.... veniais á pedirme una esplicacion....

—¡Esplicacion á vos!.... ¡yo, señor marqués! ¡no lo quiera Dios!

—¡Vuestra Gracia tiene la memoria cortesana! replicó Rio-Santo: no hace un cuarto de hora que me pediais cuenta, como á vuestro agente....

—No me abochorne Vuestra Señoría, dijo el príncipe con tono lastimero: S. M. el emperador, mi augusto amo, no me habia dado ninguna idea de la persona á quien tendria el alto honor de entregar los fondos que me remitia, y yo juzgaba...

— ¿Qué juzgabais milord?

— ¿No se contenta Vuestra Señoría con mis sinceras y respetuosas excusas? murmuró Tolstoy con una humildad, que dejaba traslucir bastante enfado.

— Vos creiais , prosiguió Rio-Santo, que teniais que tratar con uno de esos aventureros desesperados, que especulan con las pasiones secretas de las testas coronadas, y á fuerza de mentiras, de intrigas y maniobras, logran arrancarles algún subsidio grande ó pequeño, segun llevan, ó un nombre ilustre y condecoraciones en el pecho como yo, ó uno plebeyo y vestidos ya usados.... Vos creiais degradaros, digámoslo así, tratando conmigo....

— ¡Ah, señor marqués! dijo el príncipe.

— Vos pensabais que era chocante é intolerable que un hombre como Vuestra Gracia se incomodara por un marquesillo, de contrabando tal vez... A la verdad que no os lo puedo perdonar.

— Bajo mi palabra de honor , señor marqués....

— Pero lo que ha puesto el colmo á

vuestro mal humor, príncipe, es que este marquesillo no le ha pedido á Vuestra Gracia el auxilio de sus grandes luces, y que haya tenido lejos de esto la torpeza de guardar para sí sus planes y proyectos.... En esta parte, milord, me confieso culpable.... Pero si me es preciso decirlo, mi vida es mas ocupada que la de los demás hombres, porque las diversiones, y las horas de forzosa ociosidad que impone la moda, son para mí una obligacion seria y estrecha.... Si me viera forzado á satisfacer á todos los que tienen derecho á interrogarme, faltaria á la hora del Parque, y las señoras me tendrían por hombre de negocios... Y bien conoceréis que esto seria terrible: así como así ya me tienen por diplomático.

En seguida tomó uno de los cogines de la otomana, y reclinó en él la cabeza, y el príncipe poniéndose en pie, lo saludó con mucha seriedad y le dijo:

—Ya sé, milord, que nada hay en mí que me pueda grangear la confianza de Vuestra Señoría.... confieso francamente que el misterio de vuestra conducta me ha

puesto en cuidado hasta ahora, no como particular, sino como representante de mi amo.... sabia que teniais entre manos un proyecto de suma importancia, cuyo objeto entreveia hasta cierto punto, pero sin conocer los medios.... os entregaba sumas que podia juzgar muy considerables.... y era natural que....

—Muy natural, príncipe, que pensais que el dinero de vuestro soberano servia para mantener este lujo casi régio que me rodea....

—Yo no he dicho tal cosa, señor marqués.

—Pero lo habeis pensado, milord.

Tolstoy le hizo otra cortesía, y dejando ver abiertamente su incomodidad, le dijo:

—Señor marqués, he tratado de disculparme, que es todo lo que se puede exigir de un caballero: parece, sin embargo, que no estais satisfecho, y como no alcanzo qué utilidad pueda sacarse de una esplicacion continuada bajo este tono hostil, ó cuando menos equívoco, me despido de Vuestra Señoría, ofreciéndome á sus

órdenes, siempre que tenga á bien ocuparme.

Rio-Santo se incorporó un poco, y le preguntó:

—¿Os habré acaso ofendido sin querer, milord?

Hay rusos bastante instruidos en los estilos de corte, para saber salvar los escollos en que abunda el Océano diplomático, pero no son muchos. Italia, varios países de Alemania, y algunas zonas de la Francia meridional, son los puntos en que se crían sin cultivo los maquiavélos de segundo orden. El príncipe Dimitri Tolstoy no supo *amainar* á tiempo, como dicen los marinos, antes por el contrario, así que vió que Rio-Santo cedía, cobró su primer tono ceñudo, y le dió una respuesta en que sobresalía en alto grado el elemento tártaro. Rio-Santo, al oírla, le dijo con mucha seriedad:

—Dejemos ya ese punto, si gustais, milord. Habeis venido á mi casa á reconvenirme, como lo pudiera hacer un superior con un súbdito, y he debido procurar restablecer la realidad de nuestras posicio-

nes respectivas, y prolongar un poco la leccion para que Vuestra Gracia no la pueda olvidar en adelante.... Ahora, si teneis la bondad de sentaros y oirme, tendré el honor de hablaros de cosa muy importante.

El ruso se quiso sonreir, pero el esfuerzo que para ello hizo, produjo solo un gesto desagradable, que dejaba bien conocer el rencor y el despecho contenidos por el temor, que estaban deseando estallar, mas se volvió á sentar en la otomana. Rio-Santo le dirigió una mirada imponente y serena al mismo tiempo, y empezó así:

—Tengo entendido, milord, que sois manifestar acerca de mí una opinion muy severa. Segun vos, estoy esclusivamente ocupado en intrigas galantes, en apuestas disparatadas, en corridas de caballos.... y qué sé yo en qué mas.... Me han dicho tambien que me acusabais de que paso muchas horas discutiendo el corte de un frac....

Tolstoy hizo un gesto de impaciencia, é interrumpiéndolo bruscamente, repuso:

— Me habiais dicho, señor marqués, que nos íbamos á ocupar de cosas muy serias.

— Vuestra interrupcion, príncipe, me prueba que mirais estas cosas como chismes despreciables: y ahora confio que no os hará mudar de parecer la continuacion de nuestra conferencia, y espero que no volvereis nunca á hablar ligeramente de mí en vuestros ratos de ocio... Pero vamos al asunto; tengo un favor que pedir.

El príncipe alzó sus ojos admirados hácia Rio-Santo, y los recogió al momento bajo sus espesas pestañas, serenándose súbitamente su cara. Habia diez minutos que lo tenia el marqués en un potro, y ahora entreveia la posibilidad de vengarse en algun modo, porque cualquiera que fuese su peticion, estaba resuelto de antemano á negarla, y por esta razon le contestó sin vacilar:

— Señor marqués, podeis disponer absolutamente de mí.

Rio-Santo abrió un cajon de una mesa antigua de laca, y sacó un papel que le entregó, diciéndole:

—Dignaos, por ahora, señor embajador, enteraros de ese escrito.

El ruso desdobló el papel, y lo empezó á leer. Rio-Santo, entretanto, sacó del bolsillo una cartera, y se puso á ordenar varios documentos, sin cuidarse de observar el efecto que hacia en el semblante del príncipe el papel que le habia dado.

Sin embargo, en aquel momento merecia observarse la fisonomía de Dimitri Tolstoy, porque á medida que iba leyendo se iban bajando sus cejas sobre los ojos, y arrugándose la frente, juntaba casi con el nacimiento de ellas la áspera raiz de su pelo. En seguida se alojaban cejas y frente por un movimiento instantáneo de los músculos, volvía el pelo á su sitio natural, y sus ojos pardos, dirigiendo una rápida mirada por debajo de los crizados pelos que los cubrian, parecia que buscaban en el rostro de Rio-Santo un comentario á lo que leia. Mas el semblante de este nada esplicaba, porque estaba leyendo, y al parecer ni se acordaba del embajador. Así que este acabó de leer hizo una exclamacion de sorpresa, y dijo:

— ¡Este es el plan de Napoleon!

Rio-Santo cerró su cartera.

— El plan de Napoleon amplificado y apropiado al estado de paz europea: continuó diciendo el ruso.

— Tuve el honor de ver en Santa Elena á S. M. el emperador de los franceses el año antes de su muerte, para siempre sensible, contestó Rio-Santo: aborrecia ardentemente todo lo que yo aborrezco, y pude aprovecharme, milord, de su instructiva y luminosa conversacion. Ese proyecto, que no es mas que una parte de mi plan, me fue, en efecto, sugerido por aquel grande hombre, á quien tenian encadenado en el mortífero peñasco que consumió su vida, la cobardía brutal de Wellington, y los rencores de la Europa tantas veces vencida.... ¿Merece ese proyecto vuestra aprobacion?

— Este proyecto no la necesita; marqués: contestó Tolstoy que al momento se puso en guardia.

— Todo lo contrario, milord.... puesto que cuento absolutamente con vos para continuar eficazmente la obra comenzada.

— ¡Conmigo! dijo Tolstoy con el tono anfibológico, que ni prejuzga nada, ni compromete á nada, y deja la libre facultad de decir sí ó no, segun las circunstancias.

— Con vos, y con vos solo, milord.

Tolstoy le hizo un saludo tan equívoco como su anterior respuesta.

— Con vos, repitió Rio-Santo, porque vuestra conocida habilidad os ha colocado en una posición importante entre el cuerpo diplomático, á lo que se agrega el rango de la potencia que representais.

— Pero, señor marqués, otros podrian mejor que yo....

— No lo pienso así, milord.

— El embajador de Francia....

— Acaso tenga tanto influjo como vos, no lo niego.... pero ni tengo confianza con él, ni su corte entra en el círculo de mis relaciones diplomáticas personales.

— Pues es una desgracia, señor marqués; dijo el ruso, cuyo semblante tomó una espresion seca y fria.

Rio-Santo no se apercibió, al parecer, de esta espresion, y Tolstoy continuó así:

— Por mas admiracion que me inspire este producto de vuestra fecunda imaginacion, y por mas simpatías que sienta naturalmente por un proyecto, cuya realizacion conozco que serviria mucho á la política del emperador, mi amo, me veo precisado, si Vuestra Señoría me lo permite, á no mezclarme en él en estas circunstancias.

— ¿Podiera preguntaros, por qué, milord?

— Señor marqués; contestó Tolstoy haciendo un rápido gesto de burla maliciosa; porque yo soy un hombre positivo, y no un poeta; porque á pesar de mis deseos de complaceros, no veo en vuestro plan mas que una utopia muy ingeniosa; y porque la embajada rusa tiene la mision de ocuparse esclusivamente en realidades.

— Es decir, que me negais vuestra cooperacion, milord.

— Bien podeis conocer que lo siento verdaderamente.... Vuestro ensueño realizado, seria sin duda una terrible estocada en el corazon del enemigo comun, pero....

Tolstoy afectó con delicadeza titu-

bear, y Rio-Santo le preguntó con calma:

— ¿Pero qué, príncipe?

— Porque esto es únicamente un sueño, señor marqués; un sueño en que hay mucho ingenio, y algo de calentura.... Si me fuera permitido deciros mi humilde parecer, os aconsejaria que lo abandonaseis, y pensarais un poco en Napoleon, que murió en Santa Elena por haber querido intentar lo mismo que os proponéis. Y sin embargo, Napoleon, emperador, mandaba la nacion mas valiente que hay en el mundo; y sin embargo, Napoleon, guerrero sin rival, y político de primer orden, habia tenido la iniciativa de vuestro proyecto, circunstancia capital para el buen éxito, como no ignorais, milord.... de suerte que en justicia, lo que hay de ingenio en vuestro sueño debe atribuirse á él, y lo que hay de calentura....

Tolstoy se sonrió, lo saludó, y se dirigió segunda vez á la puerta; mas Rio-Santo sin tratar de detenerlo le dijo:

— Severo estais, príncipe; me veré precisado á apelar al emperador vuestro amo.

—Hareis muy bien, señor marqués; pero de aquí allá....

—¿Cuánto tiempo creéis que se necesita para recibir respuesta de S. M. imperial? le dijo friamente Rio-Santo, abriendo al mismo tiempo una elegante cartera, é introduciendo una llave microscópica en la cerradura de una de sus divisiones.

Tolstoy hizo un movimiento de inquietud, y tartamudeó.

—¡Cuánto tiempo! yo pienso....

—No se necesita mas que un minuto, príncipe, repuso Rio-Santo mirando con altivez á Tolstoy, que estaba clavado en la puerta. Tenga Vuestra Gracia la bondad de acercarse y leer.... Ahora ya no se trata de un sueño.

Y sacó de la cartera un papel sellado con las armas de Romanoff, sobrepuesta la corona imperial, que no bien lo hubo percibido Tolstoy, bajó la cabeza, y cruzó las manos sobre el pecho, como diz que hacen los visires turcos cuando les presentan el cordón de seda que los va á ahogar.

—Leed, milord, repitió Rio-Santo.

El príncipe tomó el papel, y lo llevó á

sus labios con esa afectacion de místico respeto, que se ve en Rusia en todas las relaciones de los súbditos con el príncipe; lo abrió con cuidado porque era una carta cerrada, sin romper la seda con que estaba sujeta, y sacó un billete cuadrado, del que pendia el sello privado del emperador. Este se hallaba en blanco, mas Tolstoy, no queriendo ya mostrarse pertináz, lo acercó á la llama de la chimenea, y al medio minuto aparecieron caractéres trazados en él con tinta verdinegra, que solo componian dos líneas y una firma.

Tolstoy sacó tambien á su vez de su cartera un papel bastante ajado por el mucho uso, que era una clave numerada para descifrar, y la estendió sobre la repisa de la chimenea, á fin de cotejar con ella el billete con sello imperial que estaba en cifra, y leyó lo siguiente:

«Es nuestra voluntad que Dimitri Nicolaewitsch Tolstoy egecute las instrucciones que le diere D. José María Tellez de Alarcon, marqués de Rio-Santo. Nicolás.»

El príncipe volvió y revolvió por todos lados la órden del emperador, y la comparó

minuciosamente con su clave, y al fin la devolvió al marqués, diciéndole:

—Esto es terminante, milord: disponed de mí como gustéis.

Siguióse á esto una conferencia muy larga y formal entre el marqués y el embajador, en que éste cedió sobre todos los puntos, obligándose formalmente á trabajar para que todos los diversos ministros de las demás potencias que habia en Londres obraran en el sentido de los proyectos de Rio-Santo, puesto que tal era la voluntad de S. M. imperial.

—Milord, le dijo el marqués por conclusion: vuestra tarea es fácil, porque esta tiranía que tratamos de destruir amenaza al mundo entero, y por consiguiente el mundo entero está interesado en su destruccion... Para inclinar la balanza bastaria el peso de la voluntad imperial manifestada por vos, porque tanto los diplomáticos que vais á ver, como sus amos, han sido solicitados separadamente, y no desean sino que los dejen obrar.... Sabed además, que se tomarán otras medidas, y medidas muy fuertes para derribar el coloso en to-

das partes á un mismo tiempo.... Otra cosa tambien debo deciros.... Espero que en adelante conocereis ya por qué dedico mi vida.... mi vida exterior.... á esos pasatiempos frívolos, de que tantas veces me habeis hecho un crimen. Conocereis por qué me he hecho el rey de la moda, por qué ostento este lujo oriental.... vuestra frase favorita, milord.... por qué ocupo todas las conversaciones de West-End con mis intrigas amorosas.... Es porque... es porque, ¡Dios me perdone! obedezco á mi naturaleza.... Es además, porque Londres debe ver en mí lo contrario de lo que soy, ó por mejor decir, solo me debe ver bajo un aspecto, y creer únicamente que soy el hombre mas elegante, el mas galan, y el que posee los mejores caballos de los tres reinos.... Mas oculto está uno así que con una máscara, milord, y mis vestidos que deslumbran valen tanto como los andrajos de Bruto.... Y bien sabeis que Bruto derrocó un trono.

El príncipe de Mitri Tolstoy lo saludó, y se retiró por la misma puerta por donde habia entrado.

Así que se quedó solo Rio-Santo, se dejó caer fatigado sobre la otomana, pues aunque no eran mas que las diez, y él por lo comun aprovechaba por la noche el tiempo que le robaba el mundo, esta vez el cansancio pudo mas que su voluntad, y mientras que trataba de meditar reclinó la cabeza sobre los almohadones, y se durmió.

Su sueño fue agitado é inquieto, y no despertó hasta que dió las doce un reloj de sobremesa. Se levantó entonces sobresaltado, y al primer paso que dió tropezó con un hombre tendido sobre la alfombra sin movimiento, que ciertamente no era ningun malhechor, porque el hermoso y robusto Lovely, echado junto á él, le lamia la cara aullando lastimosamente. Rio-Santo se puso de rodillas, y vió que tenia el rostro ensangrentado, y que tanto su pelo como su trage escocés estaban empapados en agua, y manchados de sangre. Al ver las facciones de aquel hombre dió un grito de sorpresa, se levantó al momento, tomó una vela porque no podia creer á sus ojos, y entonces conoció que no se habia engañado.

— ¡Angus! ¡Angus! ¡hermano mio! exclamó con el mayor dolor.

El lair no se movió, y Rio-Santo lo levantó del suelo y tendió sobre la otomana, viéndose correr sus lágrimas por debajo de sus arrogantes pupilas.

— ¡Angus! ¡Angus! volvió á repetir.

El laird abrió los ojos, los dirigió á todos lados con vista amortiguada, y profirió con voz aguda:

— ¡Ambas á dos! ¡ambas á dos! ¡Dios mio! ¡ambas perdidas!

En seguida volvió á cerrar los ojos, y quedó boca arriba inmóvil como un cadáver.



## VIII.

## Soledad.

**C**omo una semana habria transecurrido despues de los últimos sucesos que referimos en los anteriores capítulos. Susana estaba sola en la misma pieza, donde ya la vimos hablar con Brian de Lancaster, con un libro en la mano, y vagando sus húmedos ojos sobre los pedacitos de hielo que cubrian por de fuera los cristales de las ventanas. Descubríase mas calma en su semblante, y mas reflexion que anteriormente en sus ojos, y aunque su hermosa frente no indicaba mas inteligencia, se advertia en ella menos indecision, y algo de mas humano, digámoslo así; pues se podia comprender mejor, y ya no parecia un problema cada uno de sus movimientos. Esto nacia, de que Susana habia

dados pasos muy avanzados en la vida despues de ocho dias: su desgraciada situacion habia terminado de repente, y se habian encontrado dos almas para acoger y provocar las sencillas emociones de la suya; en una palabra, la atmósfera de ignorancia y dolor que la habia oprimido por tanto tiempo, acababa de abrir paso á un rayo de sol.

Hacia ya una semana que tenia el placer de ver diariamente á la condesa de Derby, lady Ophelia, y á Brian de Lancaster. La primera le daba con afabilidad lecciones, con que la enseñaba á vivir, habiendo comprendido desde luego el secreto de Susana, aunque sin tratar nunca de sorprenderlo. Dotada la condesa de esa varita mágica que tienen en sus blancas manos todas las mugeres del mundo, adivinó al primer golpe de vista, que habia algun misterio oculto bajo el título de princesa que llevaba una jóven, que aunque altiva en verdad, y noble y orgullosa, y capaz de sostener la garzota de diamantes que pesaba sobre su negro pelo, desconocia mil puntos de la etiqueta convenida en la sociedad, y le eran estrañas todas las

reglas que componen la sintaxis del mundo. Y penetró además, que habia tambien misterio en la viudez de una virgen, porque Susana era virgen de alma y cuerpo, y lady Ophelia no lo podia ignorar, atendidas las muchas ocasiones y largos ratos que habian hablado de amor.

Lady Ophelia, empero, aunque respetando el secreto de Susana, habia formado de ella una idea bastante aproximada á la verdad para penetrar de lleno hasta su pensamiento, y para comprenderla y poder explicar los estraordinarios estravíos de su carácter, considerados bajo el punto vista del mundo, y aun para admirar lo que habia de suave y grande bajo aquel exterior agreste, que otros ojos menos amigos no hubieran podido traslucir. Entre ambas habia una especie de predestinacion de mútuo cariño, pues se amaron desde que se vieron, de ese modo que los poetas pintan con mil frases estudiadas, aunque es la cosa mas natural y mas comun; y así es que á los ocho dias de tratarse se querian como hermanas. Lady Ophelia, como de mas edad y esperiencia de mundo, hacia

el papel de hermana mayor, de ese dulce y paciente mentor, que reemplazaria á la madre si una madre pudiera ser reemplazada. Susana, mas ignorante, pero mas fuerte, y con mas inteligencia tal vez, era la discípula mientras llegaba el tiempo en que pudiera ser maestra, y sus conversaciones eran agradables é interesantes; porque la una descubria á cada palabra un sentimiento desconocido ó no revelado, y la otra, que conocia todos los secretos de la vida, se admiraba y conmovia al observar cómo un corazon nuevo y ardiente se iba iniciando en las cosas del mundo.

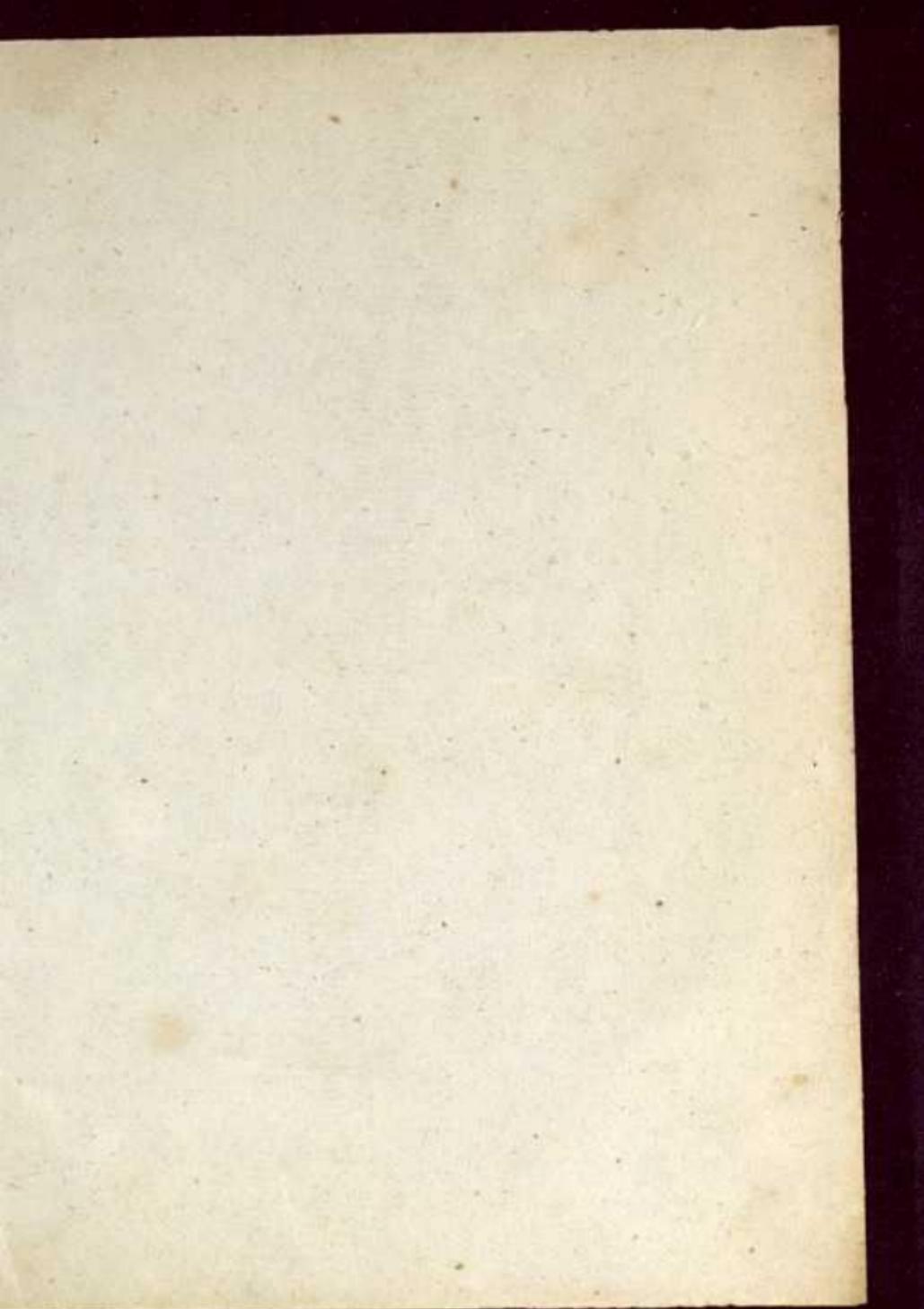
Susana habia llegado, como nuestra madre Eva, á la edad de muger con la completa ignorancia de una niña, y solo hacia ocho dias que gustaba la ciencia del bien y del mal; porque privada hasta entonces de toda enseñanza moral, le habian faltado los medios de instruirse por comparacion, ó por observacion. En medio de nuestra exagerada civilizacion era realmente salvaje, y sin haber pasado su juventud en un calabozo como Gaspar Hauser, la habian aislado, sin embargo, privándola de

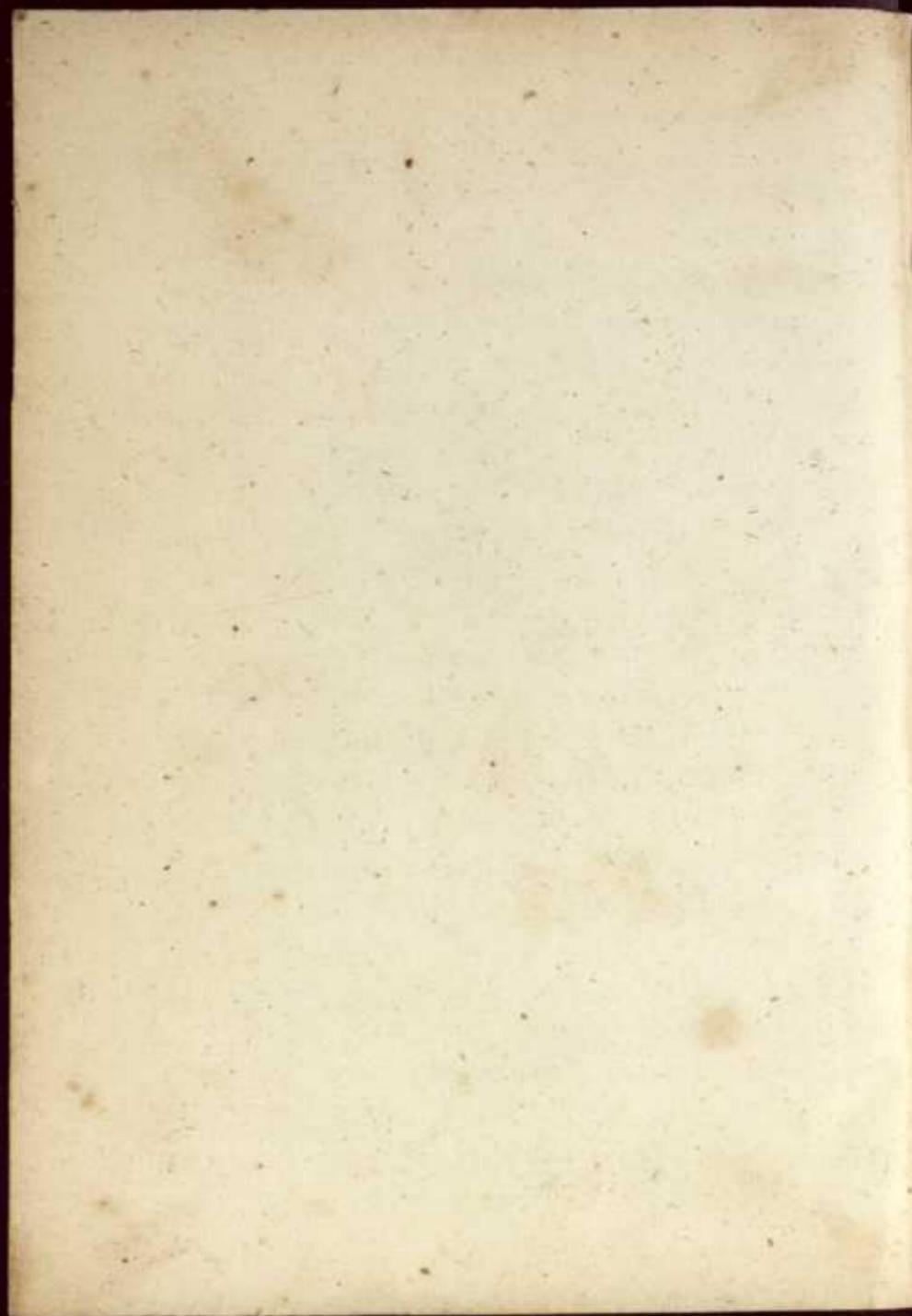
toda comunicacion con el mundo, y con la mas p rfida intencion la habian cubierto con un espeso velo, ocultándole cuidadosamente cuanto debe saber una muger. Así que cesó esta perversa tiranía, así que fue ahorcado su padre, la infeliz Susana se halló de repente en el mayor abandono en medio de Lóndres, que de ninguna miseria se compadece, y se entregó   una desesperacion fatal y apática, como ya hemos visto, sin tener para luchar contra su miserable situacion, ni la religion que consuela, ni el honor que   veces sostiene. Hasta la palabra religion le era desconocida, porque su padre, judío en el nombre,   incrédulo en la realidad, como lo son muchos cristianos, la habia mantenido separada con el mayor rigor de cuanto puede formar y elevar el corazon, y únicamente le habia enseñado   cantar, bailar y componerse. Desde los primeros años le taparon cuidadosamente los ojos, para que cuando llegara   ser muger, pudiera deshonrarse sin saberlo, y precipitarse en la infamia sin advertirlo.

**FIN DEL TOMO CUARTO.**



THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY









LOS MISTERI

DE

LONDRES

Universitat de València  
Facultat de Dret

A-18

1177(4-6)